LA VIDA INTERIOR

Cultivando la renovación del alma

Andrew Murray

Traducción de la versión portuguesa al castellano:
Plácido Ferrándiz

Formato A5 preparado para impresión.

Las citas bíblicas son tomadas generalmente
de la Biblia Textual IV edición.

SUMARIO

Prefacio 3
1. La hora matinal 5
2. Puerta cerrada – A solas con Dios 8
3. Puerta abierta – la recompensa visible 10
4. Moisés y la Palabra de Dios 13
5. Moisés, hombre de oración 16
6. Moisés, hombre de Dios 19
7. El poder de la Palabra de Dios 23
8. La semilla y la Palabra 25
9. Hacer y conocer 27
10. La bienaventuranza de aquel que practica 30
11. Guardando los mandamientos de Cristo 33
12. Vida y conocimiento 36
13. El corazón y el entendimiento 38
14. Los pensamientos de Dios y los nuestros 41
15. Meditación 44
16. Revelando a los pequeños 47
17. Aprendiendo a Cristo 50
18. Vida y luz 53
19. El estudioso de la Biblia 56
20. ¿Quién eres? 59
21. La voluntad de Dios 61
22. Alimentándose de la Palabra 64
23. Vacaciones 67
24. Lo interior y lo exterior 70
25. La renovación diaria – su poder 72
26. La renovación diaria – su modelo 75
27. La renovación diaria – su precio 78
28. Santidad – El objetivo principal del estudio bíblico 81
29. El salmo 119 y sus enseñanzas 84
30. La santa Trinidad 87
31. En Cristo 90
32. Solo 93
33. Ganando almas 96
34. El poder de la intercesión 99
35. El intercesor 102

PREFACIO

Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto;
y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.
(Mt 6:6)

La vida interior sugiere factores de la mayor importancia: la necesidad diaria de aislamiento y quietud, el verdadero espíritu de oración, la lectura devocional de la Palabra de Dios y la comunión con Dios, para la cual los requisitos anteriores son necesarios y por la cual se vuelven una bendición. Esos factores que contribuyen para que nuestras devociones se transformen en una fuente de alegría y poder. Intensifican la vida espiritual y nos cualifican para la tarea diaria en este mundo. En este pequeño libro, no procuré examinar esas verdades sistemáticamente, pero espero que los fragmentos presentados ayuden al lector a cultivar la vida interior y la comunión con Dios.

En África del Sur, donde vivo, son varias las enfermedades que atacan a los naranjos. Una de ellas es conocida popularmente como 'enfermedad de la raíz'. El árbol puede aún estar dando fruto, y el observador común tal vez no perciba que algo está mal. Pero un técnico notará el comienzo de una lenta muerte. También, en la raíz de la vid, puede aparecer una enfermedad llamada 'filoxera'; y se descubrió que la única cura es cambiar las raíces viejas por nuevas. La planta es injertada en una raíz de vid americana y, a su debido tiempo, se obtiene el mismo tronco, ramas y fruto, como antes, pero las raíces son nuevas y resisten la enfermedad. La enfermedad aparece en la parte de la planta que está oculta a nuestros ojos, y es allí el lugar donde debe ser curada.

¡Cómo la Iglesia de Cristo y la vida espiritual de millares de sus miembros sufren de la 'dolencia de la raíz', de la negligencia de una comunión secreta con Dios! Es la falta de oración en secreto la causa de la flaqueza de la vida cristiana para resistir al mundo. Es la negligencia en el sostenimiento de esa vida oculta, arraigada en Cristo, fijada y asentada en amor, lo que explica el fracaso en la producción de abundante fruto. Solamente la restauración de la comunión íntima con Dios puede cambiar la vida del cristiano. Cuando los cristianos aprenden a desear de todo corazón una comunión personal secreta con Dios, la verdadera santidad florecerá. *"Si la raíz es santa, las ramas*

también lo serán". Si las primeras horas de la mañana fueran consagradas al Señor, el resto del día, con sus diversas tareas, también lo será. Si la raíz es sana, las ramas también serán sanas.

Oro a Dios por este trabajo, que algunos de sus hijos busquen vida más profunda y más fructífera, la vida interior, oculta con Cristo en Dios.

Andrew Murray

1
LA HORA MATINAL

Oh YHVH, oirás mi voz de mañana, de mañana la presentaré ante Ti, y ansiosamente esperaré (Sal 5:3).

Adonai YHVH (...) Cada mañana me despierta, cada mañana despierta mi oído, para que escuche como discípulo (Is 50:4).

Desde hace siglos los siervos de Dios piensan que la mañana es una hora especialmente apropiada para adorarlo. Y aún actualmente, los cristianos consideran un deber y un privilegio dedicar una porción del comienzo del día para aislarse en comunión con Dios. Muchos la llaman 'vigilia matinal', o 'la hora silenciosa'. Otros la denominan 'la hora tranquila'. Todos esos cristianos, ya sea que dediquen a Dios una hora entera, o media hora, o al menos un cuarto de hora, se unen al salmista cuando dice: "*oirás mi voz de mañana, Señor".*

Refiriéndose a la gran importancia de esa hora diaria dedicada a la oración y la meditación en la Palabra del Señor, Mott dice:

> Después de recibir a Cristo como Salvador y reivindicar el bautismo del Espíritu Santo, no sabemos de nada mejor para nosotros mismos o para otros que tomar la firme resolución de reservar la primera media hora del día para estar a solas con Dios.

A primera vista, esa afirmación parece demasiado fuerte. El hecho de recibir a Cristo como Salvador trae consecuencias tan inconmensurables para la eternidad, y el acto de reivindicar el bautismo del Espíritu Santo produce tal transformación en la vida cristiana, que una cosa tan simple como la hora tranquila de la mañana parece no ser tan importante como para figurar al lado. Pero si pensamos en la imposibilidad de vivir nuestra vida diaria en Cristo, o de seguir la guía del Espíritu Santo, sin la comunión íntima y diaria con Dios, veremos el acierto de esa afirmación. Eso no significa otra cosa que la firme determinación de que Cristo tendrá nuestra vida integralmente, y que el Espíritu Santo será obedecido en todas las cosas. La hora tranquila es la llave mediante la cual la entrega a Cristo y al Espíritu Santo puede ser mantenida perfecta e ininterrumpida.

Para que eso sea bien comprendido, veamos primero cuál debe ser el objetivo de la hora tranquila. Esta no debe ser considerada como un fin en sí misma. No es suficiente que ella nos dé una hora bendecida de oración y estudio bíblico, trayéndonos así cierta revigorización y socorro. Debe ser considerada como un medio para llegar a un fin. Y el fin es asegurar la presencia de Dios para todo el día.

La devoción personal a un amigo o a una actividad significa que ese amigo o esa actividad tiene un lugar reservado en nuestro corazón, incluso cuando nuestras ocupaciones exigen nuestra atención. La devoción personal a Jesús significa no permitir que cosa alguna nos separe de Él por un momento siquiera. Permanecer en Él y en su amor, ser preservado por Él y por su gracia, y hacer su voluntad, no puede ser algo intermitente si estamos verdaderamente dedicados a Él. *"En tu Nombre me regocijaré durante todo el día"*. *"Yo, oh Señor, lo guardo; a cada momento le daré de beber"*. Esas son palabras de poder divino. El cristiano no puede quedar un momento sin Cristo. Si estamos consagrados a Él, nos rehusaremos a quedar satisfechos con algo menos que permanecer siempre en su amor y en su voluntad. Esa es la verdadera vida cristiana bíblica. La importancia, la bienaventuranza, y el objetivo real de la hora tranquila hacen parte de la entrega total.

Cuanto más claro sea el objetivo de nuestra búsqueda, más capaces seremos de alcanzarlo. Considere la hora tranquila como la manera de llegar a la gran finalidad: asegurar la presencia de Cristo para el día entero, y no hacer cosa alguna que pueda interferir en ese objetivo. El éxito de tu día dependerá de la pureza y del vigor de la fe con que busques a Cristo, lo encuentres y lo conserves en lo recóndito de tu cuarto.

La meditación, la oración y la Palabra estarán subordinadas a esta idea: el vínculo entre Cristo y yo hoy necesita ser renovado y afirmado en esta hora matinal. Al comienzo, puede parecer que las obligaciones diarias, con todos sus probables requerimientos, placeres y tentaciones, consigan interrumpir la renovación adquirida en la devoción silenciosa. Es posible que eso ocurra, pero no habrá pérdida. El verdadero cristianismo está dirigido a la formación del carácter de Cristo en nosotros de modo tan intrínseco que, incluso en nuestras actitudes más comunes, su personalidad y su índole se mostrarán. El Espíritu de Dios se propone invadirnos de tal modo que, en nuestra relación con otras personas, en nuestras horas de ocio y en nuestros negocios, actuar de acuerdo con su voluntad será para nosotros una segunda naturaleza. Y eso sólo acontece porque el propio Cristo, Aquel que vive, habita en nosotros. No

te perturbes si al principio el objetivo te parece demasiado elevado, o demasiado difícil, y ocupa mucho de tu tiempo en tu hora tranquila. El tiempo dedicado a la meditación será ricamente recompensado. Volverás a la oración y a la lectura bíblica con nuevo propósito y fe renovada. Cuando la hora tranquila matutina comience a producir sus efectos, habrá luego una reacción, y la comunión con Cristo tendrá un nuevo sentido y un nuevo poder.

Tu propósito influenciará grandemente el espíritu con que te entregas a la hora tranquila a medida que la magnificencia del objetivo (comunión continua con Dios en Cristo durante todo el día) y la manera correcta de asegurarlo (un encuentro definitivo y consciente con Cristo, garantizando su presencia durante todo el día) se harán cargo de tu ser. Verás que es esencial tener determinación para recibir la recompensa, sea cual sea la renuncia o el esfuerzo necesarios. En el estudio o en la práctica de deportes, el estudiante sabe que necesita poseer fuerza de voluntad vigorosa y propósito firme para vencer. El cristianismo necesita, y ciertamente merece, nada menos que todo el esfuerzo de nuestro corazón.

Por encima de todo, es esa determinación de asegurar la presencia de Dios lo que vencerá la tentación de ser infieles o superficiales en la observancia de nuestro empeño. Y esa determinación hará que la hora tranquila sea un poderoso instrumento de gracia en el fortalecimiento del carácter y en la capacidad de decir "no" a toda y cualquier autoindulgencia. Es esa determinación la que nos capacitará, al retirarnos para la hora tranquila y estar allí con la mente y el corazón abiertos, listos para la comunión con Cristo. Y es también esa determinación la que, a partir de la hora tranquila matinal, se volverá la directriz de nuestro vivir diario.

En la vida secular, se oye con frecuencia: "Grandes cosas son posibles a cualquier hombre que sepa lo que quiere y lo quiera de todo corazón".

El cristiano que tenga por objetivo una devoción personal a Cristo descubrirá que, en la hora tranquila matutina, el discernimiento diario de su santa vocación, es renovado. Es en esa ocasión que su voluntad es reforzada para andar de modo digno de Cristo. Su fe será recompensada por la presencia de Cristo esperando para encontrarlo y tomar cuenta de Él durante el día. Somos más que vencedores, por medio de Aquel que nos ama. Un Cristo vivo nos está esperando.

2
PUERTA CERRADA
A SOLAS CON DIOS

Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento interior y cerrando tu puerta, ora a tu Padre en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (Mt 6:6).

La raza humana fue creada para tener comunión con Dios. Dios hizo a las personas a su propia imagen y semejanza para que pudiesen entenderlo y tener placer en su compañía, para que pudiesen hacer parte de su voluntad y regocijarse en su gloria. Por ser Dios omnipresente, las personas podrían tener la alegría de una comunión ininterrumpida con Él en medio de cualquier trabajo que tuvieren que ejecutar.

Pero el pecado nos robó esa comunión.

Nada, aparte de una comunión absoluta con Dios, puede satisfacer a Dios o al hombre. Cristo vino a restaurar esa comunión. Vino a restituir a Dios su criatura perdida y dar a esa criatura todo lo que ella tenía al ser creada. Comunicación con Dios es la realización de todas las bienaventuranzas, tanto en la tierra como en los cielos. Y esa realización se da después de que la promesa de Dios, tan frecuentemente ofrecida, se vuelva una experiencia plena: *"Yo estaré contigo; jamás te dejaré ni te abandonaré"*. Entonces podemos afirmar: el Padre está siempre conmigo.

Esa comunión con Dios puede ser nuestra durante todo el día, sean cuales fueren las condiciones o circunstancias que nos rodeen. Pero el placer de esa comunión depende de la realidad de la relación en el recinto secreto. El poder de mantener una comunión jubilosa e íntima con Dios durante todo el día dependerá enteramente de la intensidad con que buscamos asegurarla durante la hora de la oración en secreto. La única cosa importante en la vigilia matutina o en la hora silenciosa es: comunión con Dios.

Nuestro Señor enseña que el secreto de la oración privada es: "Cierra la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto". Es más importante asegurarse de que allí, en secreto, tú tienes la presencia y la atención del Padre, sabiendo que Él te ve y te oye. Más importante que todas las peticiones, por más urgentes que sean, más importante que todo el fervor y el empeño en orar

correctamente, es la certeza vivificante de que el Padre te ve, de que ahora tú lo has encontrado y que estás disfrutando de un diálogo cara a cara con Él.

Cristiano, tú te expones a un gran peligro en tu recinto cerrado. Estás en peligro de sustituir la vivificante comunión con Dios por oración y estudio bíblico. Estás en peligro de perder la oportunidad de darle tu amor, tu corazón y tu vida, y recibir de Él el amor, el Espíritu y la vida. Tus necesidades y la manera de expresarlas (el deseo de orar humilde, fervorosa y confiadamente) pueden apoderarse de ti de tal manera que la luz de la presencia de Dios y la alegría de su amor no puedan penetrarte el corazón. El estudio bíblico puede interesarte tanto, y despertarte los sentimientos religiosos de tal forma, que -sí- la propia Palabra de Dios puede volverse un sustituto del propio Dios. Este sería el mayor obstáculo de la comunión, pues mantendría al alma ocupada en vez de llevarla al propio Dios. Enfrentaríamos un día de trabajo sin el poder de una comunión permanente, debido a no haber recibido las bendiciones en nuestras devociones matinales.

Qué diferencia habría en la vida de muchos si, en la oración, subordinasen todo a un único punto: ‘quiero andar con Dios todo el día, pues es en la hora devocional matutina que mi Padre entra en un acuerdo definitivo conmigo y yo con Él para que así sea. Qué fuerza sería transmitida por la toma de conciencia de que Dios toma cuenta de mí, de que Él mismo estará conmigo, de que durante todo el día haré su voluntad por su poder, y de que estoy listo para todo lo que ocurra. Sí, qué grandiosidad permearía la vida si la oración secreta no fuese sólo la petición de un nuevo sentido de bienestar, luz y poder, sino la dádiva de la vida para un día en la seguridad y la protección de un Dios poderoso y fiel.

> *“Ora a tu Padre, que está en lo secreto. Y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”*. Cuando la secreta comunión con el Padre es mantenida en espíritu y en verdad, la vida pública ante los otros presentará su propia recompensa. El Padre, que ve en lo secreto, toma cuenta y recompensa públicamente. Apartarse de las otras personas para quedarse a solas con Dios: ese es el único modo, el modo infalible de convivir con las personas en el poder de la bendición de Dios.

3
PUERTA ABIERTA
LA RECOMPENSA VISIBLE

"16 Cuando estéis ayunando, no seáis como los hipócritas, que desfiguran sus rostros, sombríos, para demostrar a los hombres que están ayunando. De cierto os digo, ya están recibiendo toda su recompensa. 17 Pero cuando tú ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, 18 para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto. Y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (Mt 6:16-18).

Viendo entonces la osadía de Pedro y de Juan (y percibiendo que eran hombres sin letras e indoctos), se admiraban y reconocían que ellos habían estado con JESÚS (Hch 4:13).

29 Y al bajar Moisés del monte Sinaí (las dos tablas estaban en las manos de Moisés como cuando bajó del monte), no advirtió Moisés que la tez de su rostro resplandecía por haber hablado con Él. 30 Y Aarón y todos los hijos de Israel miraron a Moisés y, ¡he aquí la tez de su rostro resplandecía! Y temieron acercarse a él (...) 33 Y cuando acabó de hablar con ellos, se puso un velo sobre su rostro (Ex 34:29-30.33).

De la comunión con Dios en la hora tranquila matutina a la convivencia con nuestro prójimo hay muchas veces una transición difícil. Si hemos tenido un encuentro con Dios, estaremos ansiosos por mantener la sensación de su presencia y el recuerdo de nuestra entrega. Vamos a la mesa del café, tal vez en medio de nuestra familia, y el clima ya no es el mismo. A medida que otras personas y cosas se manifiestan, comenzamos a perder lo que habíamos encontrado. Muchos cristianos nuevos han indagado sobre cómo conservar su corazón lleno de aquello de lo cual no sienten libertad, o no tienen ocasión, de compartir. Incluso en ambientes cristianos, por causa de la timidez, es difícil mantener una conversación franca, que podría producir gran beneficio y alegría.

Empeñémonos en aprender cómo nuestra relación con otras personas puede ser un auxilio, en lugar de un obstáculo en nuestra vida de constante comunión con Dios.

El relato de Moisés con el velo sobre el rostro es importante para nuestra vida. Una comunión íntima y continua con Dios dejará su marca a su debido tiempo y se volverá visible. Moisés no sabía que su rostro brillaba. No estaremos conscientes de la luz de Dios brillando en nosotros, pero hará que la impresión que damos como vasos de barro sea más profunda (1Cor 2:3-4); 2Cor 4). La impresión que una persona da de la presencia de Dios puede causar muchas veces recelo en los otros, o hacer que no se sientan bien en su compañía. Al ver que los otros observan lo que puede ser visto en él, el verdadero cristiano sabrá lo que es cubrir el rostro con un velo, y mostrará con humildad y amor que es realmente tan humano como los que lo rodean. Incluso, con todo ese cuidado, aún se podrá ver que es una persona de Dios, una persona que se relaciona y vive en un mundo invisible.

También es muy importante lo que Jesús dice sobre el ayuno. No demuestres que estás ayunando; trata a las personas con la alegría y la bondad de Dios, como conviene a un hijo cariñoso y querido del Padre. Confía en Dios (que te ve en lo secreto) que te recompensará visiblemente, dándole gracias en la comunión con Él haciendo que los otros sepan que la gracia divina está sobre ti.

Las vidas de Pedro y Juan confirman esta verdad. Ellos anduvieron con Jesús no sólo cuando estaba aquí en esta tierra, sino también estando Él en los cielos, y recibieron de su Espíritu. Ellos simplemente actuaban de acuerdo con aquello que el Espíritu de Cristo les enseñaba. Y por su audacia, hasta sus enemigos reconocían que habían estado con Jesús.

La bendición de la comunión con Dios puede ser perdida con mucha facilidad en una relación demasiado profunda con otros. El Espíritu de la comunión en secreto debe revertir en una vigilancia santa durante todo el día. No sabemos cuándo vendrá el enemigo. En algunos hogares cristianos, cada persona repite un versículo bíblico sobre algún asunto específico, a la hora del desayuno, abriéndose entonces la oportunidad de entablar una conversación espiritual. Cuando la sensación permanente de la presencia de Dios y de la comunión con Él (estar en el temor de Dios todo el día) se vuelve el objetivo de la hora matutina, la continuidad de aquella comunión permanecerá intacta. Con toda la humildad y con profundo interés por aquellos que nos rodean, buscaremos y encontraremos gracia que nos ayude en nuestros quehaceres diarios. Gran cosa es entrar en nuestro cuarto, cerrar la puerta y encontrar al Padre en secreto. Y cosa aún más maravillosa abrir la puerta y salir del cuarto en la alegría de aquella presencia, alegría esta que nada consigue interrumpir.

Para algunos, tal vida parece innecesaria; la tensión que produce es demasiado grande y se puede ser un buen cristiano sin eso. Para los cristianos consagrados, que sienten la necesidad de estar llenos de la presencia de Dios, a fin de influenciar la Iglesia y el mundo a su alrededor, todo estará subordinado a una única pregunta: ¿cómo cargar en el vaso de barro el tesoro celestial, el poder de Cristo que reposa sobre nosotros, todo el día?

4
MOISÉS Y LA PALABRA DE DIOS

En cuanto a la relación entre la oración y la Palabra de Dios en nuestra devoción particular, la expresión de un convertido del paganismo ha sido citada con frecuencia: 'Cuando oro, hablo con Dios; cuando leo la Biblia, Dios habla conmigo'.

Un versículo de la historia de Moisés ilustra ese pensamiento maravillosamente bien:

> *Y cuando entraba Moisés en la tienda de reunión para hablar con Elohim, oía la voz que le hablaba de encima del propiciatorio que estaba sobre el arca del testimonio, entre los querubines, y le hablaba* (Nm 7:89)

Cuando Moisés entraba para orar por sí o por el pueblo, o cuando esperaba por instrucción, encontraba a alguien esperándole. ¡Qué lección maravillosa para nuestra hora matutina!

Un espíritu dedicado a la oración es el espíritu al cual Dios hablará. Un espíritu dedicado a la oración será un espíritu listo para escuchar, listo para oír lo que Dios dice. En nuestra interacción con Dios, su presencia y el papel que Él representa tienen que ser tan reales como nosotros mismos. Necesitamos lo que es necesario para que la lectura bíblica y la oración puedan resultar en una verdadera comunión con Dios.

Primero, estate en el lugar correcto. Moisés entró en el tabernáculo para hablar con Dios. Se separó del pueblo y fue al lugar donde podía estar a solas con Dios. Fue al lugar donde Dios podía ser encontrado. Jesús nos dice qué lugar es ese: ordena que entremos en nuestro cuarto, cerremos la puerta y oremos al Padre, que ve en lo secreto. Cualquier lugar en el que estemos realmente a solas con Dios puede ser el secreto de su presencia. Hablar con Él requiere separación de todo lo demás. Requiere un corazón interesado y ansioso por encontrarlo y tener con Él una relación directa. Todos los que vayan a un lugar especial para hablar con Dios oirán su voz.

Enseguida, toma la posición correcta. Moisés oyó la voz hablando de encima del propiciatorio. Inclínate ante el propiciatorio. El conocimiento de su

indignidad no lo bloqueará; al contrario, lo auxiliará a confiar enteramente en Dios. Entonces podrás tener certeza de que los ojos divinos encontrarán tu mirar dirigido a lo alto. Tu oración será oída y Él te dará su respuesta con amor. Inclínate ante el propiciatorio y estate seguro de que el Dios de misericordia te verá y te bendecirá.

Y entonces entra en la disposición mental correcta, listo para oír. Muchos están tan ocupados con lo mucho o lo poco que tienen que decir en sus oraciones, que la voz de Aquel que habla desde el propiciatorio jamás es oída. No esperan por ella.

> *Así dice Adonai: El Cielo es mi trono, y la Tierra estrado de mis pies (...) Pero Yo miraré al pobre y humilde de espíritu, y que tiembla ante mi Palabra* (Is 66:1-2).

Entremos en el cuarto y preparémonos para orar con un corazón que humildemente espera oír la voz de Dios. Ciertamente oiremos su voz en su Palabra. Tendremos la mayor bienaventuranza de la oración cuando paremos de hablar y dejemos que Dios hable.

La oración y la Palabra de Dios están inseparablemente ligadas. El poder para usar una de ellas depende de la presencia de la otra. La Palabra de Dios es la guía para la oración, y dice lo que Dios quiere que sea hecho. Muestra cómo la oración debe ser hecha y cómo Dios desea que el hombre se acerque a Él. Es ella la que da poder para la oración y coraje para que aceptemos la garantía de que la oración será oída. Y es la Palabra la que trae la respuesta a la oración que me enseña lo que Dios hará. Así, la oración prepara el corazón para recibir la Palabra del propio Dios, la enseñanza del Espíritu que da entendimiento espiritual, y la fe que ejecuta la voluntad de Dios.

Y es obvia la razón por la que ocurre así. La oración y la Palabra tienen un centro común: Dios. La oración busca a Dios; la Palabra revela a Dios. En la oración hacemos las peticiones a Dios; en la Palabra Dios da las respuestas. En la oración nos elevamos a los cielos para estar con Dios; en la Palabra, Dios viene a habitar con nosotros. En la oración nos damos a Dios; en la Palabra Dios se da a nosotros.

Tanto en la oración como en la Palabra todo gira en torno de Dios. Pon a Dios en el centro de tu corazón, haciendo de Él el objeto de tu deseo. La oración y la Palabra proporcionarán una bendecida comunión con Dios, el intercambio

de pensamiento, amor y vida. Proveerán un habitar en Dios y Dios en ti. ¡Busca a Dios y vive!

5
MOISÉS, HOMBRE DE ORACIÓN

Antes de Moisés, la dispensación patriarcal fue marcada por la vida en familia y por la autoridad del padre. Moisés fue el primer hombre designado como maestro y líder. Hay en su vida ilustraciones maravillosas en cuanto al lugar y al poder de la intercesión en la vida del siervo de Dios.

Consideremos las oraciones de Moisés. En Egipto, con ocasión de su primera llamada, él oró. Preguntó a Dios lo que debía decir al pueblo (Ex 3:11-13). Moisés presentó a Dios su debilidad y pidió ser eximido de su misión (4:1-13). Cuando el pueblo lo censuró porque su fardo fue aumentado, Moisés fue a Dios (5:22) y le contó todos sus temores (6:12). Ese fue su primer entrenamiento. Fue de ahí que nació su poder de oración manifestado cuando, vez tras vez, el faraón le pidió que intercediese por él junto al Señor.

En el mar Rojo Moisés clamó a Dios a favor del pueblo y vino la respuesta (14:15). En el desierto, cuando el pueblo sintió sed y cuando fue atacado por amalecitas, la oración trajo también liberación (17:4.11).

En el Sinaí, cuando el pueblo de Israel hizo el becerro de oro, la oración apartó la destrucción pretendida por Dios (32:11.14). Una oración renovada aseguró al pueblo restauración (32:31). La oración le garantizó la presencia de Dios (33:17) y le trajo la revelación de la gloria de Dios (33:17-23). Y una oración tuvo como premio la renovación de la alianza (34:9-10).

En Números encontramos la oración de Moisés apagando el fuego del Señor (11:2), obteniendo la provisión de carne (11:4), sanando a Miriam (12:13), y salvando la nación cuando el pueblo rehusó subir a la tierra (14:17-20). Fue la oración lo que trajo juicio sobre Coré (16:15), y, cuando Dios estaba listo para consumir toda la congregación, fue la oración lo que trajo expiación (16:46). La oración hizo brotar agua de la roca (17:6-11) y, en respuesta a la oración, fue dada al pueblo la serpiente de bronce (21:7-9). Fue por causa de la oración que se conoció la voluntad de Dios en una situación difícil (27:5), y fue también en respuesta a la oración que Josué fue indicado sucesor de Moisés (27:16).

Estudia todas esas referencias hasta que tu corazón se llene con el pensamiento de que la oración desempeña un papel importante en la vida de aquel que está listo para ser siervo del Señor en beneficio de otros.

A medida que vayamos estudiando, las partes se unirán en un todo, y Moisés se nos presentará como un modelo vivo para nuestra vida de oración. Aprenderemos cómo nos volvemos intercesores mediante las siguientes lecciones:

Moisés fue un hombre consagrado a Dios, cuidadoso, extremadamente celoso en lo que se refiere a Dios, su honra y su voluntad.

Fue también un hombre absolutamente consagrado a su pueblo, listo a sacrificarse por su salvación.

Fue un hombre consciente de su llamamiento divino para ser mediador, para ser el vínculo de unión, el canal de comunicación y de bendiciones entre Dios en los cielos y la humanidad en la tierra. Una vida tan impregnada del Espíritu mediador que nada era más simple y natural que esperar que Dios lo oyese.

Conforme demuestra en sus respuestas a las oraciones de un hombre, Dios protege y bendice a los que confían en Él. La oración es una de las partes componentes de su plan. Los cielos tienen la vida, el poder y las bendiciones tan necesarias para la humanidad, y la oración hecha por los seres humanos tiene el poder de traerles esos beneficios.

Además de todo esto, veo que la oración es un índice de vida espiritual, y que su poder depende de mi relación con Dios y de la conciencia de ser su representante. Él me entrega su trabajo, y cuanto más sencilla y dedicada sea mi devoción a Él, más natural e incontestable se volverá la certeza de que Él oye.

Piensa en el lugar que Dios tuvo en la vida de Moisés. Dios lo envió, y él se le consagró enteramente. Dios prometió estar con él, y siempre lo ayudó cuando él oraba.

Ahora, una aplicación práctica. ¿Cómo podemos aprender a orar como Moisés? No podemos recibir esa gracia por nuestra voluntad. La primera lección será tomar conciencia de nuestra incapacidad. Entonces, la gracia

operará en nosotros progresiva y firmemente; eso, si consentimos en ese entrenamiento. Aunque el entrenamiento sea gradual, hay una cosa que debe hacerse de inmediato. Tenemos que decidir inmediatamente entregarnos a ese nuevo tipo de vida y asumir la actitud correcta. Haz eso ahora; decídete a vivir enteramente como un canal, para que las bendiciones de Dios puedan fluir a través de ti al mundo. Si es necesario, toma diez minutos para pensar. Acepta la dirección divina y piensa por qué o por quién intercederás.

No tengas prisa. Toma una semana, por ejemplo, para apropiarte las verdades elementales demostradas por Moisés. Así como el profesor que enseña a tocar un instrumento musical insiste en la práctica de las escalas (pues solamente la práctica conduce a la perfección), es necesario que te apliques a aprender y a practicar las primeras lecciones.

Dios busca personas por medio de las cuales bendecir al mundo. Di con decisión: ¡Heme aquí! Entregaré mi vida a esa finalidad. Cultiva la fe en esa verdad tan simple: Dios oye la oración; Dios hará lo que yo pida.

Dedícate a las otras personas tan enteramente como te dedicas a Dios, y abre los ojos a las necesidades de un mundo que perece. Asume tu posición en Cristo y el poder que su Nombre, vida y Espíritu te dan. Y a continuación intercede específicamente.

6
MOISÉS, HOMBRE DE DIOS

Esta es la bendición con la cual Moisés, varón de Dios,
bendijo a los hijos de Israel antes de su muerte.
Deut 33:1

¡Hombre de Dios! ¡Cuán grande es el significado de esa expresión! Un hombre venido de Dios, escogido y mandado por Él. Alguien que anda con Dios, vive en su compañía y lleva la señal de su presencia. Un hombre que vive para Dios y para cumplir su voluntad, cuyo ser está impregnado de la gloria divina y gobernado por ella. Un hombre que ininterrumpidamente, y hasta incluso sin sentirlo, lleva a los otros a pensar en Dios. Un hombre en cuyo corazón y vida Dios tomó el lugar al que tiene derecho, de ser todo en todos. Un hombre que posee un único deseo: que Dios tome el lugar al que tiene derecho en todo el mundo.

Es de esos hombres de Dios que el mundo necesita. Dios los busca para llenarlos con su propia identidad y mandarlos al mundo, a fin de ayudar a otros a conocerlo. Así era Moisés. Y esa cualidad era tan obvia que las personas hablaban de él como 'Moisés, ¡el hombre de Dios!'. Todos los siervos de Dios deben tener ese objetivo: ser una demostración y un testimonio vivo de aquello que Dios significa para ellos tanto en el cielo como en la tierra, de aquello que Dios reivindica ser en todas las personas.

En el capítulo anterior vimos que las personas fueron creadas para tener comunión con Dios. Esa comunión es el privilegio de la vida diaria y debe ser nuestra primera preocupación por la mañana. Lo que fue dicho se refiere principalmente a nuestras necesidades personales, así como a la capacidad de tener una vida feliz y piadosa, lista para influenciar a otros. La designación 'Moisés, hombre de Dios' y su implicación (de un hombre tan íntimamente ligado a Dios hasta el punto de que las personas le dieron ese nombre como su principal característica), nos lleva más lejos. Resalta nuestra vida ante el público, sugiriendo que la impresión que ejercemos sobre los otros y la capacidad de mostrar la santa presencia de Dios en nuestro ser deben hacer que las personas piensen en nosotros con esta designación sugestiva: 'hombre de Dios', y nos vean como tales.

Tanto el mundo como Dios honran esas personas. ¿Por qué? Porque el mundo, por causa del pecado, se rebeló contra Dios. Porque el mundo, en Cristo, fue redimido para Dios. Y porque Dios no tiene otra manera de mostrar a las personas lo que ellas deben ser; no tiene otra manera de estimularlas, llamarlas y ayudarlas. Eso sólo puede ser hecho por medio de sus siervos, en quien su vida, su Espíritu y su poder están actuando.

La humanidad fue creada para Dios, para que Él pudiese vivir, habitar y manifestar su gloria en ella y por medio de ella. Para la humanidad, Dios debía ser el todo en todo. El habitar de Dios con nosotros debía ser tan natural y maravillosa como como legítima, extraordinaria y incomprensible.

Al completarse la obra redentora de Cristo con el descenso de Dios Espíritu Santo al interior del corazón del pueblo, se restauró ese habitar de Dios con nosotros. Dios reconquistó la posesión de su hogar. Y cuando una persona se entrega enteramente a la presencia del Espíritu Santo, no sólo como un poder actuando en ella, sino también como Dios habitando en ella (Jn 14:14.20.23; 1Jn 4), ¡esa persona puede volverse, en la más profunda acepción de la palabra, un 'hombre de Dios' como Moisés!

Pablo nos dice que es por medio del poder de las Escrituras Sagradas que el hombre de Dios es perfecto. Eso sugiere que las personas cuyas vidas son imperfectas necesitan volverse perfectas.

> *Toda la Escritura es inspirada por DIOS, y es útil para la enseñanza, para la refutación del error, para la corrección, para la instrucción en la justicia, a fin de que el hombre de DIOS esté capacitado, completamente equipado para toda buena obra* (2Tim 3:16-17).

Eso nos lleva, nuevamente, a la afirmación de que la hora matutina es la más importante para el estudio bíblico particular. Es necesario que entreguemos el corazón y la vida a la Palabra, de tal manera que Dios, a través de su enseñanza, su reprensión, su corrección y su educación, pueda penetrar y moldear nuestra vida enteramente. Así, podremos estar bajo la directa influencia de Dios y en entera comunión con Él. De ese modo, el 'hombre de Dios' será perfecto, habilitado para toda obra buena.

¡Qué maravilla es ser verdaderamente un 'hombre de Dios'! Una persona que conoce y demuestra estas tres cosas: Dios es todo; Dios reivindica todo; Dios realiza todo. ¡Una persona que sabe el lugar que Dios ocupa en el universo y

en sus seguidores, que él es todo en todos! ¡Una persona que comprendió que Dios pide todo y debe tener todo! ¡Una persona que vive solamente para dedicar a Dios y a su gloria lo que le es debido! Una persona poseedora del gran secreto de que Dios realiza todo. Una persona que busca, como el Hijo de Dios, vivir en tal sujeción que el Padre hable por sus palabras y haga su trabajo.

¡Lector, busca ser un hombre de Dios! Deja a Dios ser tu todo en la hora matinal tranquila. Deja a Dios ser tu todo durante el día. Dedica tu vida a una única cosa: llevar a los otros a Dios y Dios a los otros, de manera que en la Iglesia y en el mundo Él pueda tener el lugar que le es debido.

" (...) Si soy hombre de Dios, que descienda fuego del cielo (...)" (2Re 1:10). Así respondió Elías cuando el rey mandó llamarlo. El verdadero Dios es el Dios que responde con fuego. Y el verdadero siervo de Dios es aquel que sabe cómo pedir fuego, pues él tiene poder delante del Dios de los cielos. Sea el fuego del juicio, sea el fuego del Espíritu Santo, el trabajo del siervo de Dios es traerlo a la tierra. El mundo necesita del siervo de Dios que conozca el poder divino y su propio poder delante de Dios.

Es en el hábito de la oración secreta del vivir diario que aprendemos a conocer a nuestro Dios y su fuego, así como nuestro poder delante de Él. ¡Qué maravilloso es saber lo que es ser un hombre de Dios, lo que eso significa!

En Elías, como en Moisés, vemos que ser un hombre de Dios significa separación de otro cualquier interés. Significa una identificación absoluta con la rectitud de Dios. No más un hombre del mundo, sino un hombre de Dios.

Muchos tienen, en lo íntimo del ser, un sentimiento de que todo eso trae más tensión y sacrificio, más dificultad y peligro, mucho más de lo que podemos aguantar. Eso realmente acontece cuando no comprendemos que la reivindicación de Dios es absoluta, que entregarse a Él totalmente es una bendición inefable, y que el propio Dios operará en nosotros.

Mira ahora a Moisés, hombre de oración, y para Moisés, hombre de la Palabra de Dios. Mira cómo fue a consecuencia de esas cualidades que surgió Moisés, hombre de Dios. Mira que lo mismo aconteció en la vida de Elías (la armonía entre oír nosotros la Palabra de Dios y Dios oír la nuestra), y cómo

se vuelve divinamente posible ser un hombre de Dios, y vivir como tal. Ahora, haz la aplicación a tu vida.

7
EL PODER DE LA PALABRA DE DIOS

(...) (La) palabra de Dios (...)
os energiza a vosotros, los que creéis.
(1Tes 2:13)

El valor de las palabras de un hombre depende del conocimiento que el oyente tiene de ese hombre. Si alguien promete darme la mitad de todo lo que posee, mi reacción va a depender de la situación financiera de tal persona, pues puede ser un hombre pobre que tenga sólo un poco de dinero o un hombre de muchas posesiones que me esté prometiendo la mitad de su fortuna. Uno de los primeros requisitos para el estudio provechoso de la Biblia es conocer la omnipotencia de Dios y el poder de su Palabra.

El poder de la Palabra de Dios es infinito. *"6 Por la Palabra de YHVH fueron hechos los cielos (...) 9 Porque Él dijo y se hizo, Él ordenó y se cumplió"* (Sal 33:6.9). En la Palabra, la omnipotencia de Dios obra; ella tiene poder creativo y da vida a las propias cosas de que habla.

Siendo la Palabra del Dios vivo, es una Palabra viva y da vida. La Palabra no solamente llama a la existencia, sino que incluso hace vivir nuevamente aquello que estaba muerto. Su poder vivificante levanta cuerpos muertos, da vida eterna a almas muertas. Toda la vida espiritual viene por medio de ella, pues nacemos de simiente incorruptible, por la Palabra de Dios, que vive y permanece para siempre.

Aquí está, escondido de muchos, uno de los secretos más profundos de la bendición de la Palabra de Dios: fe en su energía creativa y vivificante. La Palabra operará en mí la propia disposición o la gracia que ordena o promete. Ella actúa con eficacia en aquellos que creen. Nada resiste a su poder cuando se recibe en el corazón por medio del Espíritu Santo. Obra eficientemente en aquellos que creen. La voz del Señor se manifiesta en poder. Todo depende del arte de recibir esa Palabra en el corazón. Y, para aprender ese arte, el primer paso es: fe en su existencia, en su omnipotencia, en su poder creativo. Por su Palabra, Dios "llama a la existencia cosas que no existen".

Así como eso es verdadero respecto de todos los actos poderosos de Dios desde la creación hasta la resurrección de los muertos, también es verdadera

cada palabra que nos es dirigida en su libro santo. Hay dos cosas que nos impiden creer en eso como debemos. Una es lo que ocurre con muchas personas que nos rodean, y tal vez incluso con nosotros: que la Palabra se vuelve ineficaz por causa de la sabiduría humana, de la incredulidad y del mundanismo. Otra es la negligencia de la enseñanza bíblica de que la Palabra es una semilla. Las semillas son pequeñas, y pueden quedar latentes durante mucho tiempo. Ellas permanecen ocultas, y cuando brotan, crecen lentamente. Como la acción de la Palabra de Dios es oculta, de difícil observación, lenta, y parece ineficaz, no creemos en su omnipotencia. Que esta sea una de nuestras primeras lecciones. La Palabra que estudio es el poder de Dios para salvación. Ella obrará en mí todo aquello que necesito, todo lo que el Padre requiere.

¡Qué expectativa puede abrir esa fe para nuestra vida espiritual! Podremos ver que todos los tesoros y todas las bendiciones de la gracia de Dios están a nuestro alcance. La Palabra tiene el poder de iluminar nuestra ignorancia, traer a nuestro corazón la luz de Dios, el sentido de su amor y el conocimiento de su voluntad. La Palabra puede llenarnos de fuerza y coraje para vencer a todos los enemigos y hacernos todo aquello que Dios requiere de nosotros. La Palabra purifica y santifica, introduce en nosotros fe y obediencia, se vuelve en nosotros la simiente de vida, imprime las características de la semejanza de nuestro Señor. Es por la Palabra que el Espíritu nos lleva a la verdad, es decir, hace que todo lo que está en la Palabra sea verdad para nosotros, preparando de esa manera nuestro corazón para ser la habitación del Padre y del Hijo.

¡Qué cambio habría en nuestra relación con la Palabra de Dios y con la hora tranquila matutina si realmente creyésemos en esta simple verdad! Comencemos nuestro entrenamiento para el ministerio de la Palabra que cada cristiano necesita ejercer experimentando su poder en nuestra propia experiencia. Comencemos esa búsqueda disponiéndonos a aprender la gran lección de la fe y del vigoroso poder de la Palabra de Dios. Eso no significa nada menos que esto: ¡la Palabra de Dios es verdadera! El mismo Dios hará que sea verdadera en nosotros. Tenemos mucho que aprender en cuanto a lo que impide ese poder, muchos impedimentos por superar, mucho a lo que renunciar, para recibir esa operación de Dios. Pero todo será posible si tan solo nos disponemos a estudiar la Biblia decididos a creer que la Palabra de Dios tiene poder omnipotente en el corazón para obrar todas las bendiciones de que habla.

8
LA SEMILLA Y LA PALABRA

Pienso que se puede decir verdaderamente que, en toda la naturaleza, no hay otra ilustración de la Palabra de Dios tan verdadera y tan significativa como la de la semilla. Es realmente un don divino maravilloso poder discernir su profundo significado espiritual.

Los puntos de semejanza son fácilmente constatados. La semilla es aparentemente insignificante, algo pequeño comparada con el árbol que irá a producir. La vida está encerrada e incubada en ella. Necesita de suelo adecuado, sin el cual su desarrollo es imposible. El desarrollo es lento y pone a prueba la paciencia de aquel que la cuida. A través del fruto la semilla se reproduce y multiplica. En todos estos aspectos ella nos enseña lecciones muy preciosas respecto al uso de la Palabra de Dios.

En primer lugar, nos enseña **la lección de la fe**. La fe no mira a las circunstancias. Por las apariencias no sería probable que la Palabra de Dios diese vida al alma, obrase en nosotros su maravillosa gracia, transformase por completo nuestro carácter, o nos llenase con su fuerza. Sin embargo, eso ocurre. Cuando finalmente aprendemos a creer que la Palabra puede realizar aquello que dice, estamos en posesión de uno de los más importantes secretos del estudio bíblico. Recibiremos entonces cada palabra como la garantía y el poder de una operación divina.

Enseguida nos enseña **la lección del trabajo**. La semilla necesita ser recogida, guardada y plantada en suelo debidamente preparado. Del mismo modo, la mente necesita recoger de las Escrituras y discernir las palabras que van al encuentro de nuestras necesidades, y entonces transferirlas al corazón como el único suelo en que esa divina semilla puede desarrollarse. No somos nosotros los que le propiciamos vida o desarrollo, ni necesitamos hacer tal cosa, ¡ya está allí! Todo lo que podemos hacer es abrigar la Palabra en nuestro corazón, conservarla allí, esperando por el sol que viene de lo alto.

La semilla nos enseña también **la lección de la paciencia**. En muchos casos, el efecto de la Palabra en el corazón no es inmediato. Lleva tiempo para que se arraigue y después se desarrolle. Las palabras de Cristo deben habitar en nosotros. Necesitamos, día tras día, no solamente aumentar el almacenamiento de conocimiento bíblico (a semejanza del almacenamiento

de granos en el granero), sino también prestar atención a las ordenanzas y promesas recogidas con tanto cuidado y permitir que encuentren lugar en nuestro corazón a fin de desenvolver raíces y ramas. Necesitamos saber qué tipo de semilla colocamos en nuestro corazón y cultivar una espera vigilante y paciente. A su debido tiempo cosecharemos si no nos desanimamos.

Finalmente viene **la lección de la productividad**. No importa cuán insignificante pueda parecer la pequeña semilla de la Palabra de Dios, cuán frágil pueda parecer, cuán profundamente escondida pueda estar o cuán exasperante pueda ser la demora con que se desarrolle; puedes confiar en que el fruto vendrá. La verdad, la vida y el poder de Dios, contenidos en la Palabra, se van a desarrollar dentro del individuo. Del mismo modo que la semilla produce fruto con la misma semilla para nueva reproducción, la palabra te dará el fruto prometido e incluso la semilla que proviene del fruto, que será llevada a otras personas a fin de darles vida y bendición.

No solamente la Palabra, sino *"el Reino de los Cielos es como un grano de mostaza"* (Mt 13:31). Y todo el bien que de allí resulta viene sólo como una semilla escondida en el corazón del hombre regenerado. Cristo es una semilla. El Espíritu Santo es una semilla. El amor de Dios infundido en el corazón es una semilla. La grandiosidad del poder que opera en nosotros es una semilla. La vida oculta está en el corazón, pero no siempre se percibe su poder. La gloria divina está allí, pero muchas veces sin forma o propiedad, a fin de ser conocida sólo por la fe, a fin de ser dejada allí para actuar de modo apropiado incluso cuando no es notada, y a fin de ser aguardada, pues brotará y se desarrollará.

Cuando esa importante verdad es aprendida y conservada como la ley de la vida celestial en la tierra, el estudio de la Palabra de Dios se vuelve un acto de fe, de entrega y de dependencia del Dios vivo. Creo humildemente, y casi ansiosamente, en la semilla divina que está en la Palabra, y en el poder del Espíritu de Dios para volverla verdad en mi vida y mis experiencias. Entrego todo mi corazón, con ansiedad, para recibir esa semilla divina. Confiando, y absolutamente subordinado a Dios, aguardo que Él aumente su poder en mí, mucho más allá de lo que puedo pedir o pensar.

9
HACER Y CONOCER

Pero Él respondió: Antes bien, bienaventurados los que oyen y obedecen la Palabra de DIOS (Lc 11:28)

Si alguno quiere hacer Su voluntad, conocerá la doctrina, si es de DIOS, o si Yo hablo de Mí mismo (Jn 7:17)

Hace algún tiempo recibí una carta, evidentemente de un cristiano fervoroso, pidiéndome algunas sugerencias sobre cómo estudiar la Biblia. Mi primer pensamiento fue responderle que había sido escrito ya tanto sobre el asunto que todo lo que yo dijese ya habría sido presentado de manera mucho mejor. Pero, después de un tiempo, ciertas experiencias adquiridas en mi círculo de amistades hicieron que sintiese la necesidad de volver claro ese tan importante asunto. Descubrí ciertos detalles y pensé que les debería dar una atención especial. Pido a Dios, fuente de luz y vida, que me oriente en aquello que estoy escribiendo, a fin de que pueda enseñar a sus hijos cómo recibir todo el precepto y sustento divino, todo el vigor y alegría abundante que él almacenó para sus hijos en su preciosa Palabra.

Yo me imagino dirigiéndome a un joven cristiano que me dice: "Ayúdeme a estudiar la Biblia. Deme algunas reglas que me orienten sobre cómo comenzar y proseguir a conocerla bien".

La primera cosa, la primordial, es esta: en el estudio bíblico todo dependerá de tu manera de encararlo, del objetivo que tienes en vista. En las cosas del mundo, las personas son guiadas y estimuladas por un propósito ya establecido. Ocurre lo mismo con la Biblia. Si tu objetivo es sólo conocerla bien, quedarás frustrado aunque lo alcances. Si piensas que el simple conocimiento de la Biblia es inevitablemente una bendición, estás engañado. Para algunos se vuelve una maldición; para otros es inútil, pues no los hace más consagrados ni más felices. Para algunos, aún, se vuelve un fardo (los deprime en vez de reanimarlos o estimularlos).

¿Cuál debe ser, entonces, el objetivo, la verdadera disposición del estudiante de la Biblia? La Palabra de Dios es alimento, pan de los cielos. La primera necesidad del estudio bíblico es un deseo ardiente de justicia, es decir, un deseo de hacer la voluntad de Dios en todas las cosas.

La Biblia es una luz. La primera condición para que se tenga placer en su estudio es un corazón ansioso por andar en los caminos de Dios. ¿No es eso lo que los versículos del inicio de este capítulo nos enseñan? "*bienaventurados los que oyen y obedecen la Palabra de DIOS".* No hay bendición ninguna en oír o conocer la Palabra de Dios a menos que la guardemos. La Palabra no es cosa alguna si no la guardamos, no la obedecemos o no la realizamos. "*Si alguno quiere hacer Su voluntad, conocerá la doctrina, si es de DIOS, o si Yo hablo de Mí mismo".* De acuerdo a esa enseñanza de nuestro Señor, todo verdadero conocimiento de la Palabra de Dios depende de la voluntad de ejecutarla. ¿No es esa la misma lección que estamos enfatizando? Dios desvelará el verdadero significado y la bendición de su Palabra solamente a aquellos cuya voluntad esté definitivamente dedicada a realizarla. Es necesario leer la Biblia con el propósito de hacer aquello que dice el Señor.

Eso es fácilmente entendido cuando se piensa en la razón de ser de las palabras. Ellas se detienen entre la voluntad y la realización. Una persona quiere hacer algo para ti; antes de hacerlo expresa en palabras su pensamiento o propósito; enseguida cumple lo que dice haciendo lo que había prometido. Lo mismo ocurre con Dios. Sus palabras tienen valor en aquello que Él ejecuta. En la creación su palabra fue poder. Él habló y se hizo por medio de la gracia. Dios realiza lo que dice que hará.

David oró: *"(...) Haz conforme prometiste"* (2Sam 7:25). Salomón dice, en la consagración del Templo: *"Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, que por sus manos cumplió lo que prometió con su propia boca a mi padre David (...)"* (2Cr 6:4), y *"cumplió su promesa"* (v. 10), *"(...) cumpliste tu promesa (...) con tu boca la hiciste y con tu mano la cumpliste (...)"* (v. 15), *"(...) que se confirme la Palabra que hablaste (...)"* (v. 17). En Ezequiel, Dios dice: *"(...) hablaré lo que yo quiera, y eso se cumplirá sin demora (...)"* (12:25). Y los profetas dicen: *"Lo que dijiste, eso sea hecho"*. La verdad y el valor de lo que Dios promete consiste en esto: Él lo hace. Su palabra de promesa es para ser cumplida.

Eso no es menos verdad cuando se trata de su palabra de orden, de cosas que Él quiere que hagamos. Si no las realizamos, si sólo buscamos conocerlas, si apenas admiramos su belleza y alabamos su sabiduría sin realizarlas, nos engañamos a nosotros mismos. Ellas se destinan a ser realizadas; solamente cuando las realizamos es que su verdadero significado y bendición nos será revelado. Solamente nos desarrollamos en la vida espiritual cuando las

realizamos. *"(...) para que viváis de manera digna del Señor y en todo podáis agradarlo, fructificando en toda buena obra, creciendo en el conocimiento de Dios (...)*" (Col 1:10). Solamente cuando nos acercamos a las palabras de Dios con el mismo objetivo de Dios, es decir, de que esas palabras tienen que ser cumplidas, es que podemos esperar bendiciones.

Por tanto, necesitamos ser habitación de Cristo, presentándonos como un sacrificio vivo, listos para realizar todo lo que Dios ordene. No tomes eso como un asunto de rutina. Es de importancia mucho más profunda. Es menos frecuente en el estudio bíblico de lo que puedas imaginar. Ten ese deseo, búscalo con profunda humildad.

El primer requisito para tener placer en alguna comida es hambre. El primer requisito para el estudio bíblico es un deseo puro y determinado de descubrir lo que Dios desea que hagas, y una resolución firme y determinada a hacerlo. "*Si alguno quiere hacer Su voluntad, conocerá la doctrina, si es de DIOS, o si Yo hablo de Mí mismo".* A ese le será revelada la Palabra de Dios.

10
LA BIENAVENTURANZA DE AQUEL QUE PRACTICA

Pero sed hacedores de la Palabra, y no sólo oidores, engañándoos a vosotros mismos (...) Pero el que mira atentamente en una ley perfecta, la de la libertad, y persevera, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, este será bienaventurado al practicarla (Stg 1:22.25).

Qué tremenda ilusión es alegrarse, regocijarse en oír la Palabra, y no cumplirla. ¡Cuán común es ver multitudes de cristianos oyendo la Palabra de Dios regular y ansiosamente, pero no realizarla! Si un empleado oyese la orden de su patrón y no la cumpliese, el resultado sería obvio. Sin embargo, qué ilusión enorme es la de los cristianos que no terminan de comprender que no están llevando una vida de buenos cristianos. ¿Por qué somos engañados de esa manera?

1. Una de las razones es que las personas confunden el placer que sienten en oír la Palabra de Dios con cristianismo y adoración. La mente tiene placer en ver la verdad presentada claramente; la imaginación se regocija con las ilustraciones; los sentimientos se emocionan con su aplicación. Para la mente activa, el conocimiento trae placer. Una persona puede estudiar una rama cualquiera de la ciencia, digamos la electricidad, sólo por el placer que le trae el conocimiento, sin la menor intención de aplicarlo. Del mismo modo, existen aquellos que van a la iglesia y gustan de la predicación, sin hacer aquello que Dios ordena. Tanto el convertido como el no convertido se satisfacen en confesarse culpables, sin embargo continúan haciendo las cosas que no debían.

2. Otra causa de esa ilusión es la doctrina desviada sobre nuestra incapacidad para hacer el bien. La gracia de Cristo, que nos capacita para obedecer y no pecar, y que nos vuelve santos, es tan poco creída que las personas parecen pensar que es necesario pecar. Piensan que Dios no puede esperar perfecta obediencia, pues sabe que no podemos darla. Ese engaño elimina por completo el propósito de realizar lo que Dios dice, y cierra el corazón a cualquier deseo más intenso de creer en todo aquello que la gracia de Dios puede hacer en nosotros y de experimentarlo. Mantiene a las personas satisfechas consigo mismas en medio del pecado. Oír y no practicar: ¡qué terrible ilusión!

3. Hay otra razón para oír y no practicar. Se refiere específicamente a la lectura particular de la Biblia. La lectura de la Biblia es considerada un deber, como si fuese un rito religioso. Empleamos cinco o diez minutos en la lectura diaria todas las mañanas; leemos y reflexionamos con atención; intentamos asimilar lo que fue leído. Un deber cumplido con fidelidad tranquiliza la conciencia y da un sentimiento de satisfacción. Raramente pensaremos en su inutilidad (y aún más, en la influencia endurecedora de un deber cumplido o de un conocimiento adquirido), a menos que tengamos el propósito, venido del fondo del corazón, de hacer literalmente todo lo que la Palabra de Dios manda que hagamos. ¡Terrible ilusión! *"Sed hacedores de la Palabra, y no sólo oidores, engañándoos a vosotros mismos"*.

Es en el recito cerrado, en la hora tranquila matinal, que esa ilusión debe ser combatida y vencida. Probablemente no nos será posible mantener nuestra cantidad de capítulos bíblicos leídos diariamente. Puede ser que eso nos ocurra. Pero mejor eso que dejar de resolver esta cuestión. Todo depende de eso. El Señor Jesús dice: *"Si alguien decide hacer la voluntad de Dios, descubrirá si mi doctrina viene de Dios o si hablo por mí mismo"* (Jn 7:17). Solamente el corazón que se alegra con la ley de Dios, y se dispone a practicarla, puede recibir esclarecimiento divino. Ese esclarecimiento revela espiritualmente la enseñanza de Cristo en su origen y poder divinos. Sin la voluntad fuerte de practicar, el conocimiento nos será útil, será sólo un conocimiento intelectual.

En la vida, en la ciencia, en el arte y en los negocios, la única manera de conocer algo de verdad es por la práctica. Si alguien no puede practicar alguna cosa, no la conocerá con perfección. La única manera de conocer a Dios, de experimentar sus bienaventuranzas, es practicar su voluntad. La práctica probará si Dios es para mí un dios conforme a mi sentimiento e imaginación, o si Él es el Dios vivo y verdadero que gobierna todas las cosas y obra por medio de todas ellas. Es cuando obedezco su voluntad que pruebo que la amo, la acepto, y me vuelvo uno con ella. La única manera de unirme a Dios es unirme a su voluntad al practicarla. Es en el silencio del cuarto cerrado, en el espíritu con que hago mi lectura bíblica en particular, en la determinación con que procuro resolver firmemente esta cuestión ('haré todo lo que Dios diga'), que la terrible ilusión de oír y no practicar será vencida.

Tomar una porción de la Palabra de Dios y analizarla puede ayudarnos mucho. Supongamos que sea el Sermón del Monte. Comienzo con la primera bienaventuranza: *"Bienaventurados los pobres en espíritu…"* (Mt 5:3).

Pregunto: ¿qué significa eso?, ¿estoy obedeciendo la orden?, ¿estoy por lo menos procurando diligentemente, día tras día, mantener esa disposición? A medida que comprendo cuánto mi naturaleza orgullosa y autoconfiada está lejos de esa ordenanza, ¿estaré dispuesto a esperar, a suplicar, a Cristo, y a creer que Él puede obrar en mí? ¿Voy a practicar eso: ser pobre en espíritu, o seré nuevamente un oyente y no un practicante?

De ese modo, puedo llegar al final de las bienaventuranzas, al final de todo el Sermón del Monte, con sus enseñanzas sobre mansedumbre y misericordia, amor y justicia, hacer todo como si fuese para el Padre, y confiar en Él en todo. Cuando pienso en practicar la voluntad de Dios y obedecer las palabras de Cristo, ¿será que preguntaré versículo por versículo: ¿sé lo que significa?, ¿es así que vivo día tras día?, ¿estoy practicando eso?, ¿soy lo que Él dice? Y, como antes, la respuesta es: 'me temo que no; no veo posibilidad de vivir de ese modo o de practicar lo que Él ordena'. Entonces sentiré necesidad de una revisión completa de mi profesión de fe y de mi conducta. Preguntaré si ya hice el voto: 'aquello que Él diga, eso haré, sea respecto de la lectura bíblica, sea respecto de la vida que Él exige que yo lleve'.

Incluso antes de tomar conciencia, esas indagaciones pueden comenzar a obrar en mí una humildad de espíritu que jamás conocí. Pueden llevarme a una visión enteramente nueva de mi necesidad de un Cristo que insufle en mí su propia vida, y obre en mí todo lo que Él ordena. Por la fe recibiré el coraje de decir *"todo lo puedo en Aquel que me fortalece"* (Flp 4:13). Lo que Él diga en su Palabra, yo lo haré.

11
GUARDANDO LOS MANDAMIENTOS DE CRISTO

Ahora que sabéis estas cosas, felices seréis si las practicáis (Jn 13:17)

La bienaventuranza y la bendición de la Palabra de Dios sólo serán conocidas por la práctica. Eso es de tal importancia en la vida cristiana y, por tanto, en el estudio bíblico, que debo pedir al lector que vuelva al asunto una vez más. Analicemos esta vez sólo la expresión *'guardando la palabra'*, o *'guardando los mandamientos'.*

Examinémosla primero en el sermón de despedida de Jesús. Los pasajes te serán familiares, pero será de buen provecho leerlos nuevamente.

"Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y Yo rogaré al Padre y os dará otro Consejero…" (Jn 14:15-16). *"El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama (...) será amado por mi Padre…"* (14:21). *"... El que me ame, mi Palabra guardará y mi Padre lo amará..."* (14:23). *"Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y se os hará"* (15:7). *"Si guardarais mis mandamientos permaneceréis en mi amor…"* (15:10). *"Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que Yo os mando"* (15:14).

Estudia y compara esos pasajes hasta que las palabras entren en tu corazón y te den una convicción profunda de que guardar los mandamientos de Cristo es condición indispensable para recibir todas las bendiciones verdaderamente espirituales. Guardar los mandamientos es el requisito por excelencia de la genuina inhabitación del Espíritu Santo, de la alegría del amor del Padre, y del poder de la oración.

A fin de reivindicar esas bendiciones y alegrarse en ellas por la fe, día tras día, también es indispensable que tengamos la conciencia sencilla de que guardamos los mandamientos. Y, para un provechoso estudio bíblico, no es menos indispensable la convicción tranquila que osa esperar la luz y la fuerza divinas con cada palabra de Cristo, porque Él sabe que estamos listos para obedecerle en todo. Alegrarse con la voluntad de Dios y practicarla es la única manera de llegar al corazón del Padre, y su única manera de llegar a nuestro corazón. Guarda los mandamientos. Es esa la condición de todas las bendiciones.

Mira la manera maravillosa con que la primera carta de Juan confirma esto: *"Y en esto sabemos que lo hemos conocido: si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la Verdad no está en él; pero el que obedece su Palabra, en este verdaderamente se ha perfeccionado el amor de DIOS; en esto, pues, sabemos que estamos en Él"* (1Juan 2:3-5).

La única prueba del conocimiento verdadero, vivo y salvador de Dios -la única prueba de que su amor no es imaginación, sino un patrimonio- es guardar su Palabra.

"21 Amados, si nuestro corazón no nos condena, confianza tenemos para con DIOS, 22 y recibimos de parte de Él cualquier cosa que le pidamos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que es grato ante Él (...) 24 Y aquél que guarda sus mandamientos, permanece en Él, y Él en aquél..." (1Jn 3:21-22.24).

Guardar los mandamientos es el secreto de la confianza en Dios y de la verdadera comunión íntima con Él.

"...pues este es el amor de DIOS: que guardemos sus mandamientos,(...) lo que ha nacido de DIOS vence al mundo..." (1Jn 5:3-4). Nuestra confesión de amor es inútil a menos que la probemos verdadera por el hecho de guardar sus mandamientos. Conocer a Dios, tener el amor de Dios perfeccionado en nosotros, ser nacido de Dios y amarlo… Todo eso depende de sólo una cosa: guardar los mandamientos.

Solamente cuando comprendemos la importancia que Cristo y las Escrituras dan a esa verdad, aprendemos a darle la misma importancia en nuestra vida. Ella se vuelve para nosotros **una de las llaves para el verdadero estudio bíblico**. La persona que lee la Biblia con el deseo firme y el propósito determinado de descubrir y obedecer a todos los mandamientos de Dios y de Cristo está en el camino correcto para recibir todas las bendiciones prometidas en la Palabra. Además de eso, la persona aprenderá dos cosas:
1. Cuánto necesita esperar la enseñanza del Espíritu Santo a fin de guiarla a la voluntad de Dios;
2. Cuán bienaventurada es en ejecutar sus deberes diarios, no sólo por ser correctos, o por ser agradables, sino por ser la voluntad de Dios.

La persona descubrirá cuán sublime es la vida diaria cuando dice, como Cristo: *"...esta orden recibí de mi Padre"* (Jn 10:18). La Palabra se volverá la luz y la guía que determinará todos tus pasos. La vida pasará a ser la escuela de entrenamiento, en la cual se experimentará el poder santificador de la Palabra, y la mente estará preparada para la enseñanza y el incentivo. Por tanto, guardar los mandamientos es la llave de todas las bendiciones espirituales.

Procura comprender lo que significa esa vida de obediencia absoluta. Examina algunos de los mandamientos más claros de Cristo: *"...amaos unos a otros. Como yo os amé, vosotros debéis amaros unos a otros"* (Jn 13:34). Ahora acepta el amor y la humildad de Cristo como la ley de vida sobrenatural que tú vas a vivir.

En vez de dejar que el miedo al fracaso o un sentimiento de incapacidad te lleve a la desesperación, haz que la obediencia absoluta te estimule a poner toda tu expectativa en el Señor, que por intermedio de su Espíritu, obrará tanto en tu voluntad como en tu capacidad.

Una vez más, nuestro único objetivo debe ser la perfecta armonía entre la conciencia y la conducta. Al llegar a una conclusión o convencernos de la voluntad de Dios, precisamos actuar de conformidad con esa conclusión. Las ordenanzas de Cristo son presentadas con la finalidad de ser obedecidas. Si no las obedecemos, el acervo de conocimiento bíblico solamente cegará y endurecerá nuestro corazón. La satisfacción y el placer adquiridos con el conocimiento nos incapacitan para recibir la enseñanza del Espíritu Santo.

Pido al lector que no se aburra por yo repetir el bendito y solemne mensaje. En tu recito cerrado, necesitas decidir si, durante el día, guardarás las ordenanzas de Cristo. Y es también allí que tú vas a decidir si presentarás las características de una persona enteramente entregada a la voluntad de Dios.

12
VIDA Y CONOCIMIENTO

Entonces el Señor Dios hizo brotar del suelo (...)
el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal
(Gn 2:9)

Hay dos maneras de conocer las cosas. Una es la noción y el concepto formulados por la mente: tengo idea sobre alguna cosa. La otra hace parte de la propia vida: conozco algo por mi experiencia interior. Un ciego que sea inteligente puede conocer todo lo que la ciencia enseña sobre la luz, con tal que alguien le lea los libros pertinentes al asunto. Mientras tanto, un niño, o incluso una persona inculta, aunque jamás haya pensado respecto de la luz, la conoce mucho mejor que aquel ciego erudito. Este conoce todo lo que es posible sobre la luz por medio de su pensamiento, pero el niño conoce la luz perfectamente bien por verla y por disfrutarla.

Ocurre lo mismo con el cristianismo. La mente de un cristiano puede formar pensamientos sobre Dios por medio de la Biblia y conocer todas las doctrinas de la salvación sin que en su interior conozca el poder real de Dios para salvarlo. Es por esa razón que las Escrituras dicen: "...aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios" (1ªJuan 4:7). La persona puede saber todo acerca de Dios y acerca del amor, puede ser capaz de formular lindos pensamientos respecto del amor, pero si no ama a Dios, no lo conoce. Solamente el amor puede conocer a Dios. El conocimiento de Dios es la vida eterna.

La Palabra de Dios es la palabra de vida. La vida puede ser robusta, incluso donde el conocimiento mental es débil. Pero por otro lado, el conocimiento de la Palabra puede ser el objetivo de una búsqueda sagaz, diligente y fuente de gran placer, sin que la vida sufra ninguna influencia transformadora.

Una ilustración puede volver bien claro esto. Supongamos que pudiésemos a un manzano comprensión, con ojos para ver y manos para trabajar. Eso capacitaría al manzano para hacer todo el trabajo ejecutado por el hortelano, o sea, fertilizar y regar. Pero la vida interior del manzano continuaría siendo lo que ya era, no siendo afectada por el entendimiento que le fue añadido. De la misma manera, la vida interior divina del ser humano es algo muy diferente al intelecto, que sirve para adquirir conocimiento. Es claro que el

intelecto es muy necesario, pues ofrece al corazón la Palabra de Dios, la cual el Espíritu Santo vivifica. Pero el intelecto es incapaz de comunicar o vivificar la vida verdadera. Es sólo un siervo que transporta el alimento. Es el corazón el que necesita ser alimentado y revigorizado, es el corazón el que vive.

Los dos árboles del paraíso revelan la misma verdad divina. Si Adán hubiese comido del árbol de la vida, habría recibido y conocido todo el bien que Dios tenía para él respecto al poder vivificante; y su conocimiento del mal sería sólo por el hecho de estar enteramente libre de él. Pero Eva fue desviada por el deseo del conocimiento, "deseable para obtener conocimiento", y la humanidad recibió un conocimiento del bien sin poseerlo, venido del mal que era su oponente. Desde entonces la humanidad busca la religión más en el conocimiento que en la vida.

Es solamente la vida, experiencia y posesión de Dios y de su virtud, la que nos lleva al conocimiento verdadero. *"Si yo hablara en las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tuviera amor, he llegado a ser bronce que resuena o un címbalo que retiñe"* (1Cor 13:1). Es en nuestra lectura diaria que nos enfrentamos con este peligro, el cual tenemos que vencer. Necesitamos del intelecto para oír y entender la Palabra de Dios en su significado humano, pero necesitamos saber también que la posesión de la verdad mediante el intelecto sólo nos es útil si el Espíritu Santo la vuelve vida y verdad en nuestro corazón. Es necesario que entreguemos el corazón a Dios y esperemos por Él con fe y tranquila sumisión, para que Él pueda obrar en nosotros por medio del Espíritu Santo.

A medida que eso se vuelve un hábito santo, sabremos hacer que el intelecto y el corazón trabajen en perfecta armonía. Entonces, cada actividad mental será acompañada de la correspondiente actividad del corazón, esperando y oyendo la enseñanza del Espíritu.

13
EL CORAZÓN Y EL ENTENDIMIENTO

Confía en Yahvé con todo tu corazón,
y no te apoyes en tu propia inteligencia (Prv 3:5)

El principal propósito del libro de Proverbios es enseñar conocimiento y discernimiento, a fin de orientar al lector en el camino de la sabiduría y el entendimiento. Proverbios nos presenta el modo de conocer la Justicia y el temor del Señor.

Pero también no amonesta a que hagamos diferencia entre el entendimiento espiritual, dado por Dios, y el de nuestro propio intelecto. *"Confía en Yahvé con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia inteligencia"*. En toda búsqueda de conocimiento y sabiduría, en cualquier planificación de vida, tenemos estas dos fuerzas: el entendimiento o intelecto, que conoce las cosas de modo natural, y el corazón, que las conoce por experiencia.

Tengo profunda convicción de que una de las principales razones de que tanta enseñanza y tanto conocimiento bíblico sea relativamente infructuoso está en la confianza que tenemos en nuestro propio entendimiento, que es también una de las principales causas de la falta de santidad, devoción y poder en la Iglesia.

Muchos argumentan: 'es claro que fue Dios quien nos dio el intelecto; sin él no hay posibilidad de conocer la Palabra de Dios'. Es verdad, pero oye: por causa de la caída del hombre, la naturaleza humana quedó distorsionada, la voluntad esclavizada, los sentimientos desvirtuados, el entendimiento oscurecido. Las personas admiten que en la Caída hubo la degradación de la voluntad y de los sentimientos, pero en su comportamiento niegan que eso haya ocurrido con el entendimiento. Admiten que incluso el cristiano no tiene en sí mismo el poder de una voluntad santa, y necesita de renovación diaria de la gracia de Jesucristo. Admiten que el cristiano no tiene el poder de un sentimiento santo para amar a Dios y al prójimo, a menos que ese poder sea operado en él continuamente por el Espíritu Santo. Pero esas personas no perciben que el intelecto también se degradó espiritualmente, estando incapaz de comprender la verdad espiritual.

Sobre todo, fue el deseo de tener conocimiento, de un modo y en una ocasión prohibidos por Dios, que llevó a Eva a un mal camino como resultado de la tentación. Pensar que podemos encontrar la verdad de Dios en su Palabra por nuestros propios esfuerzos es aún el peligro mayor que enfrentamos. Necesitamos estar profundamente convencidos de que nuestro entendimiento no tiene capacidad alguna de entender la verdad genuina, y que al intentar tal cosa, nos enfrentamos con el terrible riesgo de la autoconfianza y el autoengaño. Debemos ver la necesidad de las palabras "c*onfía en Yahvé con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia inteligencia".* Es con el corazón que las personas creen. Y es de todo corazón que debemos buscar, servir y amar a Dios, o adorarlo en espíritu y en verdad. Por tanto, es en el corazón donde opera la Palabra divina. Fue a nuestro corazón que Dios envió el Espíritu de su Hijo. Es el corazón -la vida interior de anhelos, amor, voluntad y sujeción- lo que el Espíritu Santo guía en dirección a toda verdad.

Estudie en la Biblia cómo confiar en el Señor de todo corazón y no apoyarse en su propio entendimiento.

No confíe en el propio entendimiento, desconfíe de él. Te dará pensamientos e ideas erradas respecto de las cosas divinas. Te engañará con el pensamiento de que la verdad, recibida por la mente, entrará sin más en el corazón. Y te llevará a una experiencia universal en que las personas que leen la Palabra de Dios diariamente, tienen placer en oírla todos los domingos, pero jamás se vuelven humildes y santos.

En vez de confiar en tu propio entendimiento, ven con tu corazón a la Biblia. En vez de confiar en tu propio entendimiento, confía en el Señor, y hazlo de todo corazón. Tener el corazón enfocado en el Dios vivo como nuestro Maestro, y no en nuestro entendimiento, será la condición más importante cuando entres en el recinto cerrado para tu comunión con Dios. Entonces encontrarás el entendimiento verdadero. Dios te dará un corazón capacitado para comprender, un entendimiento espiritual.

Muchos me han preguntado: '¿Qué debo hacer? ¿Cómo estudiar la Biblia? No veo manera de estudiarla sin usar mi entendimiento?

Perfectamente correcto. Pero no uses el entendimiento para aquello que no puede hacer. Recuerda dos cosas: la primera es que el entendimiento sólo pude darte una idea de las cosas espirituales. Después que recibas esa idea, ve con el corazón al Señor para que Él pueda transformar su Palabra en vida y

verdad para ti. La segunda es que el orgullo del intelecto, el peligro de apoyarse en el propio entendimiento, es incesante. Nada, ni siquiera la más obstinada determinación, puede librarte del orgullo de tu propio intelecto a no ser la continua dependencia del corazón respecto de la enseñanza del Espíritu Santo. Dios sólo puede dirigir el intelecto por medio del Espíritu Santo, revisando la Palabra en nuestro corazón, revisando la Palabra en nuestro corazón, en nuestro carácter y en nuestros sentimientos. *"Hará andar a los humildes en justicia, y enseñará a los mansos su senda"* (Sal 25:9). *"El principio de la sabiduría es el temor de YHVH, pero los insensatos desprecian la sabiduría y la instrucción"* (Prv 1:7).

Todas las veces que el entendimiento se apropie de una idea de la Palabra, inclínate delante de Dios en dependencia y confianza. Cree de todo corazón que Dios la transformará en realidad. Pide al Espíritu Santo que opere efectivamente en el corazón.

Persevera, y la hora vendrá cuando el Espíritu Santo, habitando en el corazón y en la vida, se sujetará tu entendimiento y hará que su luz santa brille a través de él.

14
LOS PENSAMIENTOS DE DIOS Y LOS NUESTROS

Porque como los cielos son más altos que la tierra,
(...) mis pensamientos más que vuestros pensamientos (Is 55:9)

En la tierra, las palabras del sabio muchas veces significan cosas diferentes, dependiendo de cómo los oyentes las entienden. Es, por tanto, natural que las palabras de Dios, como Él las comprende tengan un significado mucho más elevado de lo que podamos entender al principio.

Ese es un punto importante a ser recordado. Actuando de esa forma, no quedaremos acomodados con nuestro conocimiento y nuestras ideas de la Palabra, sino maravillados y listos para recibir aquello que puede ser la bienaventuranza suprema que Dios tiene en mente. Él haré que nuestra oración por las enseñanzas del Espíritu Santo tenga nuevo propósito y nueva urgencia, incluso para mostrar aquello que nuestro corazón no comprendió. Él nos dará la confianza necesaria de que podemos esperar, incluso en esta vida, por una realización mucho más allá de nuestros más elevados pensamientos.

Así, la Palabra de Dios tiene dos significados. El primero es aquel que está en la mente de Dios, volviendo las palabras humanas portadoras de toda la gloria de la sabiduría, poder y amor divinos. El otro significado es nuestro débil, parcial y deficiente entendimiento de su Palabra. Incluso después de que nuestra experiencia y la misericordia de Dios hayan elaborado conceptos como amor, gracia, poder de Dios, o cualquiera de las muchas promesas relacionadas con esas verdades, todas reales para nosotros, aún hay una infinita plenitud en la Palabra que aprender.

El texto de Isaías expresa eso de manera extraordinaria: *"Así como los cielos son más altos que la tierra".* Esa diferencia es tan real que nadie intentaría con su pequeño brazo alcanzar el sol o las estrellas. Sería inútil subir o escalar la más alta montaña. Creemos en eso de todo corazón. Y ahora Dios aún añade: "Así *mis pensamientos (son) más altos que vuestros pensamientos".* Incluso cuando la Palabra profiere los pensamientos de Dios, y nuestros pensamientos buscan absorberlos, aún permanecen tan por encima de los nuestros como los cielos por encima de la tierra. Todo lo infinito de Dios y la Palabra eterna habitan en la Palabra como semilla de vida eterna.

Del mismo modo que el roble es tan inexplicablemente mayor que la semilla de la que se origina, así las palabras de Dios no pasan de semillas de las cuales las poderosas maravillas de gracia y poder divinos se desarrollan.

Fe en esa Palabra nos enseña una lección referente a la ignorancia y otra referente a la expectativa. Necesitamos aprender a tomar posesión de la Palabra como niños. Jesús dice: "… escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños" (Mt 11:25). Los sabios y los entendidos no son necesariamente hipócritas o enemigos. Hay muchos queridos hijos de Dios de los cuales, o por dejar de cultivar un espíritu de confianza, o por apoyarse inconscientemente en la veracidad bíblica de su creencia, o por apoyarse en su estudio bíblico, la verdad espiritual les fue escondida y jamás se volvieron espirituales.

> *"11 Pues ¿quién de los hombres sabe lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, nadie ha conocido las cosas de DIOS, sino el Espíritu de DIOS. 12 Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de DIOS, para que sepamos lo que DIOS nos concedió gratuitamente"* (1Cor 2:11-12).

Dejemos que un profundo sentido de ignorancia, una profunda desconfianza de nuestra propia capacidad de entender las cosas de Dios, caracterice nuestro estudio bíblico.

Cuanto mayor sea el desaliento por no poder jamás comprender de manera apropiada los pensamientos de Dios, mayor podrá ser la expectativa. Dios desea que su Palabra sea hecha verdadera en nosotros. *"Todos sus hijos serán enseñados por el Señor…"* (Is 54:13). El Espíritu Santo ya está en nosotros para revelar las cosas divinas. En respuesta a nuestra humilde oración de fe, la voluntad de Dios, por medio del Espíritu Santo, da una visión interior cada vez mayor del misterio divino: nuestra unión maravillosa con Cristo, nuestra semejanza con Él, su vivir en nosotros, y nuestra existencia aquí en el mundo de modo semejante a su vida.

Aún más: si nuestro corazón está sediento y deseoso por eso, vendrá una ocasión en que, por mensaje específico del Espíritu Santo, todos nuestros anhelos serán satisfechos y Cristo entonces tomará posesión de nuestro corazón, de tal modo que aquello que era fe se convertirá en experiencia. Así

como su Palabra dice: "*Porque como los cielos son más altos que la tierra, (...) mis pensamientos más que vuestros pensamientos* (Is 55:9).

15
MEDITACIÓN

Bienaventurado el hombre (…) que tiene su placer en la Ley del Señor, y en su Ley medita día y noche (Sal 1:1-2);
(mira también: Josué 1:8; Sal 119:15.23.48.78.97.99.148; 2Tim 2:15)

El verdadero objetivo de la educación, del estudio o de la lectura, está no en aquello que es traído hacia dentro de nosotros, sino, sí, en aquello que estimula nuestra capacidad interior de pensar de manera operativa. Eso se aplica también al estudio de la Biblia. La Palabra de Dios sólo produce bendición verdadera cuando la verdad que presenta aviva la vida interior y produce determinación, confianza, amor y adoración. Cuando el corazón recibe la Palabra por la mente y tiene su poder espiritual evocado y ejercido, la Palabra deja de ser vacía para cumplir la misión deseada por Dios. Se vuelve parte de nuestra vida y nos revigoriza para nuevos propósitos y nuevas realizaciones.

El corazón se apropia de la Palabra por medio de la meditación. Al reflexionar sobre la Biblia, el entendimiento se apodera del significado y de los aspectos de una verdad, y el corazón asimila la verdad y hace que sea parte de su propia vida. Recuerda que, cuando decimos 'corazón', nos referimos a la voluntad y al sentimiento. El meditar del corazón implica deseo, aceptación, entrega, amor. Lo que sale del corazón son los temas de la vida. Aquello en que él verdaderamente cree, eso lo recibirá con amor y alegría, y permitirá que eso domine y dirija su vida. El intelecto recoge y prepara el alimento para nuestra nutrición; por la meditación, el corazón recibe el alimento y se nutre.

Es necesario cultivar el arte de la meditación. La persona necesita ser entrenada para concentrar su poder mental a fin de pensar clara y correctamente. Del mismo modo, un cristiano necesita considerar y meditar cuidadosamente, hasta que se haya formado el hábito de rendir el corazón a cada palabra de Dios.

Se pregunta a veces cómo cultivar el poder de la meditación.

1. La primera cosa que hay que hacer es presentarse delante de Dios. Lejos de Él la Palabra no tiene ningún poder de bendecir. El propósito de la Palabra es

traernos a la presencia y la comunión divinas. Busca estar en su presencia y acepta su Palabra en la certeza de que Él hará que ella opere en tu corazón. La idea de 'meditar' aparece 7 veces en el salmo 119. Es siempre parte de una oración dirigida a Dios: "Meditaré en tus preceptos"; "Tu siervo meditará en tus decretos"; "¡Cuánto amo tu Ley! Medito en ella todo el día".

La meditación es el corazón vuelto a Dios y su Palabra, buscando hacer que el sentimiento, la voluntad y la propia vida la asimilen.

2. Otro elemento de la meditación verdadera es la tranquilidad. En el estudio bíblico, en el empeño de comprender un raciocinio o de dominar una dificultad, nuestro intelecto necesita con mucha frecuencia esforzarse al máximo. Se requiere del alma en meditación algo diferente. Aquí nos enfrentamos con cierta verdad o con algún misterio, respecto de los cuales esperamos una enseñanza divina, a fin de esconderla en el fondo del corazón. Entonces creemos que por el Espíritu Santo su significado y su poder serán revelados en nuestra vida interior. *"He aquí, Tú deseas la verdad en lo íntimo; por tanto, en lo secreto hazme conocer sabiduría"* (Sal 51:6). Respecto de la madre del Señor Jesús leemos: *"... Y su madre guardaba todas las palabras en su corazón"* (Lc 2:51). Cuando vemos a su madre guardando todas las cosas en su corazón, tenemos la imagen de un alma que comenzó a conocer a Cristo y está en el camino correcto para conocerlo mejor.

3. No es necesario decir que la diligencia personal tiene un lugar sobresaliente en la meditación. El estudio intelectual de la Biblia no es muy importante. El objetivo del intelecto es sólo conocer y comprender. En la meditación, el principal objetivo es apropiarse y experimentar. Tener buena voluntad para creer cada promesa sin restricción, para obedecer a cada orden sin dudar, *"para que estéis firmes, perfectos y totalmente decididos a cumplir toda la voluntad de DIOS"* (Col 4:12) es el único y verdadero espíritu del estudio bíblico. Es en la meditación tranquila que esa fe es ejercida, esa sumisión es tributada, la rendición absoluta de la voluntad de Dios es hecha y la seguridad de la gracia de Dios para cumplir nuestros votos es recibida.

4. En seguida, la meditación debe llevar a la oración. La meditación suministra pensamientos para la oración, debe proseguir en oración, pedir y recibir definitivamente aquello que fue visto en la Palabra o aceptado en ella. El valor de la meditación es que prepara a la persona para orar, en una súplica

ponderada y sincera por aquello que la Palabra reveló ser necesario o posible. Por la fe, la persona tiene la certeza de que la Palabra se revelará y probará su poder.

La recompensa de dejar de lado el esfuerzo intelectual por algún tiempo para cultivar el hábito de la meditación consagrada será la de que ambos entren en armonía. Toda nuestra concentración será vivificada por una espera tranquila en Dios y por una sujeción absoluta del corazón y de la vida a la Palabra.

Nuestra comunión con Dios se refleja en todo el día. El hábito de la verdadera meditación en la hora tranquila matinal nos lleva más cerca de la bienaventuranza del salmo 1:1-2: "Bienaventurado el hombre (…) que tiene su placer en la Ley del Señor, y en su Ley medita de día y de noche".

Los obrero y líderes del Pueblo de Dios deben estar conscientes de que necesitan, más que nadie, de este tipo de meditación, pues son ellos los que entrenan a otros. Deben, pues, conservar intacta su propia comunicación con la única fuente de fuerza y bendición. Dios dice:

> *"5 ...estaré contigo. No te dejaré ni te desampararé (...) 7 Solamente esfuérzate y sé muy valiente, observando y haciendo según según toda la Ley (...) para que tengas buen éxito dondequiera que vayas. 8 No se aparte de tu boca el rollo de esta ley. De día y de noche meditarás en él (...) Entonces tu camino será prosperado, y tendrás buen éxito"* (Jos 1:5.7-8).

"Sean aceptos delante de Ti los dichos de mi boca, y la meditación de mi corazón, ¡Oh YHVH, Roca mía, que me está redimiendo!" (Sal 19:14). Que tu meta no sea nada menos que meditar de modo aceptable, en el Señor, parte del sacrificio espiritual a Él ofrecido. Que tu corazón y expectativa no sean nada menos que transformar la meditación en un culto verdadero a Dios, la entrega fiel de tu corazón a la Palabra de Dios en su presencia.

16
REVELADO A LOS PEQUEÑOS

... Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque escondiste estas cosas de sabios y entendidos y las revelaste a los niños
(Mt 11:25; Lc 10:21).

Sabios y entendidos son aquellos que están convencidos y seguros del poder de su mente y raciocinio para ayudarlos en la búsqueda del conocimiento divino. *Niños* son aquellos cuya preocupación principal no es la mente y su poder, sino el corazón y su tendencia. Mente abierta, desamparo, sujeción, humildad, docilidad, confianza y amor… Son esos los requisitos buscados por Dios en aquellos a quien Él enseña (Sal 25:9.12.14.17.20).

Una de las partes más importantes de la devoción es el estudio de la Palabra de Dios. ¡Cuán importante es que recibamos siempre en un espíritu de espera que el Padre revele la verdad de ella en nosotros! ¡Cuán importante es que presentemos una disposición infantil (sí, como la de los bebés), pues a esa disposición el Padre desea transmitir los secretos de su amor! Para los sabios y entendidos, la cultura es lo principal; de ellos Dios esconde el significado espiritual de la propia cosa que ellos creen entender. Para lo niños, lo principal no es la mente y su conocimiento, sino el corazón, el sentimiento, la humildad, el amor y la confianza. Es a ellos, en su vida interior y en su experiencia, a quienes Dios revela exactamente aquello que ellos saben no les es posible entender.

La pedagogía dice que hay dos maneras de enseñar. El profesor común tiene como objetivo comunicar conocimiento; él desarrolla la potencialidad del alumno con la finalidad de conseguir ese objetivo. Pero el buen profesor considera la adquisición de de conocimientos como cosa secundaria. Su meta es desarrollar el poder de la mente y del espíritu, y ayudar al alumno tanto mental como moralmente a desarrollar su potencial al máximo en la búsqueda y en el uso del conocimiento.

Hay también dos tipos de ministros. Algunos dan a sus oyentes instrucción, argumentos e interminables apelaciones, dejando que ellos aprovechen en lo posible lo que les es ofrecido. Pero el ministro auténtico sabe cuánto depende todo del estado del corazón del oyente, de manera que busca, exactamente como hizo el Señor, enseñar la verdad o doctrina de modo objetivo para

cultivar en el oyente aquellas cualidades sin las cuales la enseñanza se vuelve casi inútil. Cien sermones – todos elocuentes y profundos, para cristianos que los oyen convencidos de que pueden entenderlos y que de cualquier manera vendrán a beneficiarlos –, producirán mucha menos bendición que apenas un solo sermón para oyentes en quien el ministro despertó la conciencia de ignorancia espiritual. Esos oyentes tendrán un espíritu dócil, como el de los niños, listo para esperar, confiar, aceptar y obedecer la enseñanza del Padre.

En el recinto cerrado, cada hombre es, en lo que se refiere al auxilio humano, su propio profesor y ministro. Él debe entrenarse a sí mismo para adquirir el bendito hábito de la simplicidad y la docilidad infantil. Él debe acordarse de que no solamente fue necesario que la verdad divina fuese revelada al mundo, sino de que también hubiese una revelación individual para cada persona por medio del Espíritu Santo. Por tanto, tu primer cuidado es esperar que el Padre te revele, y al interior de tu ser, el misterio oculto con su poder para modificar la vida interior. En esa actitud el hombre ejercita el espíritu dócil y recibe el evangelio como un niño.

Todos los cristiano evangélicos creen en la regeneración. Pero pocos son los que creen que, al ser un hombre nacido de Dios, es necesario que su característica principal sea depender de Dios como un niño, para todo y cualquier enseñanza y poder. Jesús insistió en eso sobremanera. Cuando él se refirió a los humildes de espíritu, a los mansos y a los hambrientos como personas bienaventuradas; cuando concitó al pueblo a aprender de Él, que era manso y humilde de corazón; cuando dijo tantas veces que deberíamos humillarnos y volvernos como niños… él estaba afirmando que el primero y más importante indicio de un hijo de Dios, a semejanza de Jesucristo, es la absoluta dependencia de Dios para toda y cualquier bienaventuranza, y principalmente para un conocimiento verdadero de las cosas espirituales. Pregúntate a ti mismo: "¿He tenido en consideración el espíritu dócil como un objetivo? Tener, mediante el estudio bíblico, ese espíritu afligido dócil ¿se volvió un requisito para mí? Es la única y verdadera llave de la escuela divina. Percibí que valía más la pena dejar más de lado el intento de obtener sabiduría humana para entonces intentar recibir de Dios la sabiduría oculta.

El nuevo nacimiento, generado por Dios, tiene por mandamiento que seamos como niños; también nos enseña a tener un espíritu dócil como el de un niño. No podemos recibir el segundo sin el primero. Creamos y entreguémonos a esa nueva vida existente en nosotros, en la presencia del Espíritu Santo; el insuflará en nosotros el espíritu de niños. El primer propósito del estudio

bíblico es aprender la sabiduría oculta de Dios. La primera condición para obtener ese conocimiento es aceptar el hecho de que el mismo Dios nos lo revela.

El primer requisito necesario para recibir esa revelación es el espíritu sumiso como el de un niño. Sabemos que la primera preocupación de un operario es si sus herramientas son apropiadas y si están en perfecto estado. No considera tiempo perdido el trabajo para tener listas las herramientas. No es tiempo perdido dejar el estudio bíblico de lado hasta poseer la actitud correcta, esperando la revelación del Padre en un espíritu humilde y dócil. Si percibes que no has leído la Biblia en ese espíritu, confiesa y abandona inmediatamente el espíritu de autoconfianza, característica de *los sabios y entendidos*. Ora pidiendo el espíritu sumiso y cree que lo recibirás. Está en ti, aunque olvidado y sofocado. Tú puedes comenzar a sentirlo ahora mismo como un hijo de Dios.

No intentes traer ese espíritu dócil a tu corazón por medio de reflexiones o argumentos. Actúa de dentro hacia afuera. Como una semilla, él está dentro de ti, en la nueva vida, nacido del Espíritu Santo. Ese espíritu dócil debe surgir y crecer dentro de ti por medio del Espíritu Santo que habita en ti. En esa fe, no sólo debes orar, sino orar especialmente por la gracia del Espíritu y ejercitarla. Vive como un niño delante de Dios. Como un pequeño recién nacido, desea la leche de la Palabra.

Guárdate de asumir ese estado de espíritu sólo cuando estés estudiando las Escrituras. Es necesario que sea un hábito permanente, viniendo del corazón. Entonces podrás gozar de la dirección constante del Espíritu Santo.

17
APRENDIENDO DE CRISTO

Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí,
que soy manso y humilde de corazón,
y hallaréis descanso para vuestras almas
(Mt 11:29)

Todo estudio bíblico es aprendizaje. Todo estudio bíblico, para ser fructífero, debe ser hecho con la finalidad de aprender de Cristo. La Biblia es el libro escolar, Cristo es el profesor. Él es quien abre el entendimiento, el corazón y los sellos (mira Lc 24:45; Hch 16:14; Ap 5:9). Cristo es la Palabra viva y eterna, de la cual las palabras escritas son la expresión humana. La presencia y la enseñanza de Cristo son el secreto de todo estudio bíblico genuino. La Palabra escrita no tiene poder a menos que nos lleve a la Palabra viva.

En su propia vida Jesús probó que amaba el Antiguo Testamento como venido de los labios de Dios. Él llamó la atención de los judíos sobe el hecho de que el Antiguo Testamento es la revelación de Dios y el testimonio de sí mismo. Cuando estaba con los discípulos, por otra parte, es notable la frecuencia con que Jesús habló de sus propias enseñanzas como aquello de lo que más necesitaban y las cosas que tenían que obedecer. Solamente los encontramos exponiendo las Escrituras después de su resurrección, cuando ellos ya habían recibido el soplo del Espíritu Santo (Jn 20:22). Los judíos interpretaban la Palabra de Dios a su propio modo, lo que causó gran barrera entre ellos y Aquel de quien la Palabra hablaba. Eso ocurre muchas veces con los cristianos. Nuestra comprensión humana de las Escrituras, confirmada muchas veces por la autoridad de la iglesia o de nuestro propio grupo, se vuelve el mayor obstáculo para las enseñanzas de Cristo. Jesucristo, la Palabra viva, busca encontrar su lugar en nuestro corazón y en nuestra vida, para ser nuestro único profesor. De ese modo aprenderemos de Él a honrar y a entender las Escrituras.

"Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón". Nuestro Señor revela aquí el más íntimo secreto de su vida interior. El secreto que Él nos trajo de los cielos, el cual lo cualifica para ser Profesor y Salvador, y que nos fue dado por Él. Quiere que aprendamos de Él ese secreto, que está en la palabras: *"soy manso y humilde de corazón"*. Es la virtud que lo vuelve Cordero de Dios, nuestro Redentor con tanto sufrimiento, nuestro divino

Profesor y Líder. Es la cualidad que requiere de nosotros cuando nos acercamos para aprender de Él, de lo cual proviene todo lo demás. Para nuestro estudio bíblico y para toda nuestra vida cristiana, tenemos aquí la única condición de cómo aprender a conocer a Cristo. Él, el Profesor manso y humilde de corazón, quiere convertirnos en lo que Él es, porque esa es la salvación. Para aprender, es necesario que la persona venga, estudie y crea en Él, el manso y humilde, y aprenda de él a ser manso y humilde también.

¿Y por qué es eso tan importante? Porque está en la raíz de la verdadera relación individual con Dios. Solamente Dio posee vida, benevolencia y felicidad. Como Dios de amor, Él tiene placer en darnos todas las cosas y obrar todas las cosas en nosotros. Cristo se volvió el Hijo del Hombre para demostrar que el hombre debe vivir en la dependencia bendecida y continua de Dios. Es por eso que Cristo es humilde de corazón. Es en ese espíritu que los ángeles cubren sus rostros y depositan sus coronas ante Dios. Dios es todo para ellos, y se alegran en recibir todo y dar todo.

Esta es la raíz de la verdadera vida cristiana: ser nada ante Dios y los hombres; esperar solamente en Dios; alegrarse en Cristo, imitar a Cristo, aprender a Cristo, que es manso y humilde. Es la llave de la escuela de Cristo, la única llave para el verdadero conocimiento de las Escrituras. Es con esa característica que Cristo vino a enseñar; es solamente con esa característica que podemos aprender de Él.

¡Cuán ausente ha estado la humildad – el corazón manso y humilde – de la iglesia cristiana! Estoy incluso persuadido de que esa ausencia es responsable por gran parte de la debilidad y fracaso del que oímos hablar. Sólo cuando somos manso y humildes de corazón Cristo puede enseñarnos por su Espíritu aquello que Dios tiene para nosotros, y que Dios obrará en nosotros. Comencemos por nosotros mismos y afirmémonos en esa primera condición de discipulado, en esa primera lección que el Maestro ciertamente nos enseñará. Que en nuestro estudio bíblico aprendamos de Cristo a confiar en Él, que es tan manso, dulce y bondadoso, y a esperar que Él opere en nosotros su propio Espíritu y semejanza. En el tiempo oportuno, nuestra hora tranquila matutina será el escenario de comunión diaria y de bendiciones diarias.

Sé que tengo que enfrentar muchas dificultades al declarar que un corazón manso y humilde es la primera cosa a tomar en cuenta en el estudio bíblico. Es difícil hacer comprender a las personas que, en la comunión Dios, la

tendencia y disposición (un corazón manso y humilde) son la misma simiente y raíz. Es difícil convencerlas de que, sin eso, el beneficio del estudio bíblico es muy pequeño. Además de eso, es difícil llevarlas a entender y a creer que deben tener un corazón manso y humilde porque es eso lo que Cristo nos da, enseñándonos cómo recibirlo.

Incluso con todas esas dificultades, insisto en que todos los estudiantes de la Biblia investiguen con seriedad y oración, y vean si no es esta la primera pregunta a ser formulada en el silencio de su cuarto: ¿es mi corazón aquello que el Señor desea? En caso contrario, no tengo qué ofrecer.

18
VIDA Y LUZ

En el principio era Aquel que es la Palabra. Él estaba con Dios,
y era Dios (...) En Él estaba la vida, y esta era la luz de los hombres
(Jn 1:1.4)

Quien me sigue, nunca andará en tinieblas,
sino que tendrá la luz de la vida
(Jn 8:12)

Porque Cristo era Dios, podía ser la Palabra de Dios. Porque tenía la vida de Dios en sí mismo, podía revelar esa vida. Porque Él era la Palabra viva, Él es la Palabra que da vida. La palabra escrita puede ser nula y de ningún valor cuando se confía en la sabiduría humana para entenderla. Ella sólo puede ser la palabra de vida para nosotros cuando es reconocida como la simiente en la cual la vida de la Palabra Viva está oculta, para recibir vida por el Espíritu Santo. El tiempo que pasamos con la Palabra escrita de Dios debe siempre ser inspirado y regido por la fe en la Palabra eterna, Dios.

La misma verdad es expuesta en la siguiente expresión: la vida es la luz. Cuando vemos el brillo de la luz, sabemos que hay allí fuego quemando da una forma u otra. Lo mismo ocurre en el mundo espiritual. Es necesario que haya vida antes que haya luz. La luz puede reflejar de un objeto oscuro e inerte. Puede haber luz prestada sin vida. Pero solamente la vida verdadera puede presentar la verdadera luz. “Aquel que sigue a Cristo tendrá la luz de la vida”.

Esas dos afirmaciones de una gran verdad confirman de modo notable lo que aprendemos sobre el Espíritu de Dios. Del mismo modo que Él conoce las cosas de Dios por ser la Vida de Dios, así Cristo es la Palabra porque Él es Dios, y tiene la vida de Dios; y así la luz de Dios sólo brilla donde está la vida de Dios. Esos tres pensamientos nos traen de vuelta al estudio bíblico con la bendecida y tan necesaria lección: el estudio bíblico sólo nos bendecirá cuando la Palabra escrita nos traiga la vida de la Palabra eterna. Su luz dentro del corazón es la luz de la vida que allí opera. El Espíritu Santo, que conoce las cosas de Dios porque Él es la vida de Dios, hace que la palabra se torne vida y verdad en lo íntimo de nosotros.

Volvamos, pues, a la gran lección que el Espíritu procura reforzar con referencia a la Palabra de Dios: solamente tenemos un conocimiento real de la Escritura a medida que recibimos la Escritura de la vida de Dios. Es una semilla que contiene la vida divina. Cuando cae en buena tierra, en un corazón hambriento de esa vida, ella brotará y producirá fruto como todas las semillas, conforme a su especie. Reproducirá en nuestra vida la propia vida de Dios de la cual vino, la misma semejanza y el mismo carácter del Padre y del Hijo por medio del Espíritu Santo. Veamos eso de modo práctico y apliquémoslo a la lectura bíblica personal.

Veamos cómo comenzar. Las reglas son muy simples:

1. Primero: "¡Dejad de luchar! Sabed que Yo soy Dios". Permanece quieto pr algún tiempo, a fin de conocer a Dios. Conserva la paz en la presencia del Señor. Cállate delante de Él. "El Señor, sin embargo, está en su santo templo; delante de Él calle toda la tierra". Adórale y espera que Él te hable.

2. Segundo: recuerda que la palabra proviene de la vida, del corazón de Dios, trayendo su vida para dártela. Nada menos que la vida de Dios. Nada menos que el poder de Dios puede volverla vida en ti.

3. Tercero: cree en Cristo, la Palabra viva. "En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres". "Quien me sigue, nunca andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Sigue a Jesucristo con amor y anhelo, con obediencia y con espíritu de servicio; así la vida del Señor obrará en ti, y la vida será la luz de tu alma.

4. Entonces, pide al Padre el Espíritu Santo, el cual conoce las cosas de Dios, vuelva la Palabra viva y activa en tu corazón. Anhela la voluntad de Dios como tu alimento diario. Anhela la Fuente de Agua viva del Espíritu dentro de ti. Recibe la Palabra y colócala dentro de tu voluntad, de tu vida, de tu alegría. La Palabra dará la vida que producirá la luz.

La razón por la cual he insistido tanto en estos últimos capítulos en poner la verdad en evidencia es muy simple. Mi experiencia ya me enseñó cómo nos cuesta entender que la Palabra de Dios necesita ser recibida en la vida, no solamente en la mente; y cómo nos cuesta creer en la Palabra de Dios y vivirla, incluso después de haberla entendido. "… Escribiros de nuevo las mismas cosas no me cansa y es una seguridad para vosotros" (Flp 3:1).

Estudia bien la lección. La Palabra viene de la vida de Dios, trae esa vida en sí misma, busca entrar en mi vida y llenarla con la vida de Dios. Esa vida es la luz de los hombres y produce la luz del conocimiento de la gloria de Dios.

Es posible que la lección tarde más de los que te imaginas, que te sea un obstáculo más que una ayuda en el estudio bíblico, y que cuanto más estudies más difícil se vuelva. No te preocupes ni impacientes, sigue confiando. Si la aprendes de manera adecuada, glorificará a Dios, porque se volvió una llave, nunca poseída, para el tesoro oculto de la Palabra, dándote sabiduría verdadera.

Repito aquí las palabras sencillas, tan bendecidas y verdaderas: como solamente el Espíritu que habita en Dios conoce las cosas de Dios, es solamente el Espíritu que vive en mí el que puede hacerme conocer las cosas de Dios, comunicándolas a mi vida.

Como Cristo es la Palabra porque Él es Dios y teine la vida de Dios, la Palabra escrita sólo puede bendecir si, por medio de ella, la Palabra viva me trae la vida de Dios. Como la vida está en Cristo y la vida es la luz de los hombres, sólo cuando yo tenga la vida de Cristo por medio de la Palabra, tendré la luz del conocimiento de Dios.

19
EL ESTUDIOSO DE LA BIBLIA

Bienaventurado el HOMBRE (...) que en la Torá de YHVH está su delicia,
Y su ley susurra día y noche! (Sal 1:1-2)

Por todas partes hay un interés cada vez mayor de un estudio bíblico más auténtico. Evangelistas como D.L. Moody han demostrado el poder de una predicación sacada directamente de la Palabra de Dios e inspirada por la fe en el poder de la Palabra. Cristianos sinceros preguntan: "¿Por qué nuestro ministros no predican de la misma manera dando mayor énfasis a la Palabra de Dios?". Muchos jóvenes ministros salen del seminario teológico confesando que aprendieron muchas cosas, menos cómo estudiar la Palabra y cómo despertar a otros a su estudio. En algunas de nuestras iglesias, se pensó en dar ese entrenamiento a los ministros. Puede parecer cosa simple conseguir hombres para esa tarea; ocurre, sin embargo, que muchas veces es difícil para las personas con estudio teológico volverse a la simplicidad y franqueza de la Palabra de Dios. Y esa franqueza es necesaria para mostrar a los más jóvenes la manera de convertir las Escrituras en la única fuente de su conocimiento e instrucción.

En las actividades estudiantiles, Dios sea alabado, el estudio bíblico ha tenido un lugar prominente. Hay una oportunidad maravillosa, así como una gran necesidad, de orientar esos estudios bíblicos de modo que produzcan muchas bendiciones en la vida de los estudiantes. Eso dará el lugar correcto a la Palabra de Dios en el trabajo que hay que hacer para Él. Veamos los principios en los cuales se fundamenta la búsqueda de más estudio bíblico. Solamente mediante la fidelidad a esos principios el estudio bíblico puede verdaderamente ser puesto en práctica:

1. La Palabra de Dios es la única revelación verdadera de la voluntad de Dios. Todas las afirmaciones humanas de la verdad divina, aunque correctas, son limitadas y tienen una medida de autoridad humana. En la Palabra, la voz de Dios nos habla directamente. Todo hijo de Dios es llamado a una relación directa con el Padre, por medio de la Palabra. Como Dios revela todo su corazón y gracia en la Palabra, su hijo puede, si lo recibe de Dios, conseguir toda la vida y poder de la Palabra en su propio corazón y ser. Sabemos cuán pocos son los relatos de mensajes o acontecimientos de segunda mano verdaderamente fiables. Pocas personas relatan con precisión aquello que

oyen. Todo cristiano tiene el derecho y el llamado de Dios a estar en comunicación directa con Él. En la Palabra, Dios se revela a cada individuo.

2. La Palabra de Dios es una Palabra viva. Ella contiene el divino poder que da vida. La expresión humana de la verdad es muchas veces mera concesión o imagen de la verdad, despertando el interés de la mente y teniendo poca o ninguna eficacia. La verdad se vuelve eficaz por medio de la propia Palabra de Dios, de su presencia y de su poder. Toda vida o espíritu crea para sí mismo una forma por la cual se manifiesta. Las palabras que Dios escogió para mostrar su divino pensamiento son inspiradas por Él y la vida divina habita en ellas. Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. La Palabra no fue inspirada solamente al ser transmitida, el Espíritu de Dios aún la inspira. Dios aún está en su Palabra y con ella.

Los cristianos, y especialmente los profesores cristianos, necesitan creer en esta verdad.

3. Solamente Dios puede ser, y ciertamente será, el intérprete de su propia Palabra. La verdad divina necesita de un Maestro divino. El entendimiento espiritual de cosas espirituales puede venir solamente por medio del Espíritu Santo. La Palabra es esencialmente diferente de todo entendimiento meramente humano, e infinitamente más glorificada. Cuanto más profunda sea la convicción del carácter singular de la Palabra, tanto más urgente será la necesidad de una enseñanza sobrenatural, viniendo directamente de Dios. Y mayores serán las bendiciones, que son el gran propósito de la Palabra. El alma será llevada a buscar al propio Dios y encontrarlo en el Espíritu Santo, que habita en el corazón. Es por el Espíritu Santo que Dios entra en nuestra vida y se identifica con ella de un modo maravilloso. Cuando aguardamos al Espíritu y confiamos en Él, Él da sabiduría a nuestro corazón y a nuestras inclinaciones. La Palabra leída y asimilada en actitud de oración se vuelve luz y vida en nuestro interior por medio del Espíritu Santo.

4. La Palabra, entonces, nos lleva a la comunión íntima con Dios, en una unidad de voluntad y vida. Dios, en su Palabra, revela su corazón y su voluntad. En su ley y precepto revela aquello que quiere que hagamos. En su redención y sus promesas muestra lo que quiere hacer por nosotros. Cuando aceptamos la voluntad expresada en la Palabra como del propio Dios, y nos sometemos a ella para que la Palabra obre en nosotros, aprendemos a conocer a Dios en su voluntad. Aprendemos a conocerlo por medio del poder por el cual Él obra en nosotros, y por el cual su amor misericordioso es conocido. Y

la Palabra realiza el más alto propósito divino, que es llenarnos con la reverencia y la dependencia que viene de su divina presencia y proximidad. Nada menos debe ser nuestra meta y nuestra experiencia en todo el estudio bíblico.

Recordemos esos cuatro pensamientos y hagamos la aplicación práctica:
- En las Sagradas Escrituras tenemos las palabras que Dios profirió y por la cuales nos habla.
- Esas palabras son, en los días actuales, llenas de la vida de Dios. Dios está en ellas y hace que su presencia y poder se vuelvan conocidos a aquellos que en ellas lo busquen.
- Aquellos que piden la enseñanza del Espíritu Santo que habita en nosotros y esperan en Él, el Espíritu revelará el poder y el significado espiritual de la Palabra.
- Es por la Palabra que se tiene diariamente la revelación de Dios y la comunión con Él.

¿Aprenderemos a aplicar esas verdades? ¿Sabemos que la Palabra siempre dice: "Busca a Dios, oye a Dios, espera en Dios, Dios hablará contigo, deja que Dios te enseñe?". Todo lo que oímos sobre enseñanza y estudio bíblico debe llevarnos a lo siguiente: necesitamos ser, y necesitamos ayudar a otros a ser, personas para quienes la Palabra jamás está separada del mismo Dios viviente. Necesitamos vivir como personas para las que Dios, que está en los cielos, habla todos los días y el día todo.

Dios conoce las cosas de Dios, y solamente el Espíritu que vive en mí me puede hacer conocer las cosas de Dios, comunicándolas a mi vida.

Como Cristo es la Palabra porque Él es Dios y tiene la vida de Dios, la Palabra escrita sólo me puede bendecir si, por medio de ella, la Palabra viva me trae la vida de Dios. Como la vida está en Cristo y la vida es la luz de los hombres, solamente cuando yo tenga la vida de Cristo por medio de la Palabra, tendré la luz del conocimiento de Dios.

20
¿QUIÉN ERES?

Pensad en las cosas de arriba (...) Porque moristeis,
y vuestra vida ha sido escondida con CRISTO en DIOS (Col 2:2-3)

Al entrar en la presencia de Dios en la hora matinal, mucho depende del cristiano tener en cuenta no solamente que Dios es, sino también quién es, y cual es su relación con Dios. La pregunta "¿Quién eres tú?", formulada no en palabras, sino en espíritu, respecto de cada persona que reivindica el derecho de acceso al Altísimo y de audiencia con Él, debe tener una respuesta lista en lo íntimo de su conciencia. Y la conciencia debe ser nada menos que la impresión viva del lugar que le compete en Cristo delante de Dios. La manera de expresar esa idea a veces puede cambiar, pero en sustancia será siempre la misma.

¿Quién soy yo? Sí, ¿quién soy yo que pido a Dios que se encuentre conmigo y pase el día entero conmigo? Yo soy alguien que sabe, por la Palabra y el Espíritu de Dios, que estoy en Cristo, alguien cuya vida está escondida con Cristo en Dios. Por causa de Cristo morí al pecado y al mundo. Fui separado y apartado del pecado y del mundo y liberado de su poder. Fui resucitado juntamente con Cristo y en Él habito en Dios. Mi vida está oculta con Cristo en Dios. Vengo a Dios a reivindicar y obtener toda la vida divina oculta en Él, para que supla las necesidades de hoy. Mi alma ansía por Cristo, revelado por el propio Padre dentro del corazón. Solamente me satisfago con Cristo en mi corazón. Cristo es quien me salva del pecado. Cristo es el Dador y el Conductor del amor de Dios. Cristo es el Amigo y Señor que habita en mí.

Oh, mi Dios, si tú me preguntases: "¿quién eres tú?", oye mi balbuceo. Vivo en Cristo y Cristo vive en mí. Solamente Tú puedes hacer saber y ser todo lo que eso significa.

Hay algo más que necesito decir, como súplica por la gracia de la presencia y del poder de Dios durante todo el día. Vengo como alguien que desea y busca vivir la vida de Cristo hoy en la tierra, que desea y busca traducir al lenguaje del vivir diario, con sus compromisos y deberes, su gloria celestial oculta. Así como Cristo vivió en la tierra solamente para hacer la voluntad de Dios, es mi gran deseo permanecer perfecto e íntegro en toda su voluntad. Es muy grande mi ignorancia de su voluntad en toda su aplicación espiritual en la relación

con el mundo. Mi debilidad es aún mayor. Aún así, voy a Dios como alguien que acepta con toda honestidad la elevada llamada a vivir plenamente la voluntad divina en todas las cosas.

Es eso lo que me lleva al recinto cerrado de oración. Cuando pienso en mis fracasos en realizar la voluntad de Dios, cuando veo las tentaciones y los peligros que me aguardan, cuando siento mi total incapacidad, me dirijo a Dios diciendo: vengo a reivindicar la vida oculta en Cristo; que yo pueda vivir para Cristo. No me siento satisfecho sin la tranquila certeza de que Dios estará conmigo y me bendecirá.

¿Quién soy yo para pedir tales maravillosas y grandiosas cosas de Dios? ¿Puedo incluso esperar la vida oculta con Cristo en Dios de tal modo que se manifieste en mi cuerpo mortal? ¡Puedo! Pues el propio Dios operará por el Espíritu Santo que habita en mí. El mismo Dios que resucitó a Cristo de entre los muertos y lo colocó a su derecha, me resucitó juntamente con Él y me dio el Espíritu de la gloria de su Hijo. Una vida en Cristo, entregada a conocer y hacer toda la voluntad divina, es la vida que el mismo Dios obrará y mantendrá cada vez más en mí por el Espíritu Santo. De mañana me presento ante Él para aceptar de nuevo la vida que Él oculta en Sí mismo para mí, donde su Hijo está escondido. Puedo esperar confiada y tranquilamente como alguien en quien el Espíritu habita, pues el Padre dará la estimulante unción que enseña todas las cosas. Él mismo se hará cargo del nuevo día que Él me dio.

Para que la hora matinal asegure la presencia de Dios para todo el día, es muy importante que te afirmes en el fundamento de una redención plena, creas aquello que Dios te dice, aceptes lo que Dios te concedió en Cristo, y seas de modo consciente y sin restricción aquello que Dios hizo que fueses. No tengas prisa, cuando estés en la presencia de Dios, para conocer y decir estas cosas. ¡Una batalla depende mucho de una posición inexpugnable! Asume el lugar en que Dios te puso.

El intento de hacer tal cosas puede interferir a veces en tu oración o estudio bíblico acostumbrado, pero serás plenamente compensado más tarde. Tu vida depende de saber quién es tu Dios y quién eres tú como uno de sus redimidos en Cristo. Cuando hayas aprendido el secreto, aunque no pienses más en él, será la fuerza de tu corazón, tanto para entrar en la presencia de Dios como para vivir en el mundo con Él.

21
LA VOLUNTAD DE DIOS

Venga tu Reino; hágase tu Voluntad,
así en la tierra como en el cielo (Mt 6:10)

1. La voluntad de Dios es el poder vivo al cual el mundo debe su existencia. Por medio de esa voluntad, y de acuerdo con ella, el mundo es los que es. Es la expresión, o manifestación, o personificación, de esa voluntad divina, en su sabiduría, poder y benevolencia. Tiene, en belleza y gloria, solamente aquello que Dios quiso. De la manera que esa voluntad la moldeó, así se conserva diariamente. La creación es aquello para lo que fue destinada: demostrar la gloria de Dios.

> *9 Y cada vez que los seres vivientes darán gloria y honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, 10 los veinticuatro ancianos se postrarán delante del que está sentado en el trono, y adorarán al que vive por los siglos de los siglos, y colocarán sus coronas delante del trono, diciendo: 11 ¡Digno eres, Señor y DIOS nuestro, de recibir la gloria, y el honor y el poder, porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existían y fueron creadas!"* (Ap 4:9-11).

2. Eso es verdad en cuanto a la naturaleza inanimada, y aún más verdad en cuanto a las criaturas inteligentes. La voluntad divina aseguró la creación de la voluntad en una criatura hecha a su imagen y semejanza, con el poder vivo de conocer, aceptar y cooperar con aquella voluntad, a la cual debe su existencia. La bienaventuranza de los ángeles santos consiste en proclamar su alta honra y felicidad por poder querer y ejecutar exactamente aquello que Dios quiere y ejecuta. La gloria de los cielos es que allí se hace la voluntad de Dios. El pecado y el tormento de los ángeles caídos y de los hombres consiste simplemente en el hecho de haberse desviado de la voluntad de Dios, de haberse negado a habitar en Dios y a hacer su voluntad.

3. La redención no es otra cosa que la restauración de la voluntad de Dios a su lugar en el mundo. Cristo vino con esa finalidad y demostró en una vida humana que la humanidad vive para hacer la voluntad de Dios. Él nos mostró que hay un modo de vencer la voluntad propia: hacerla desaparecer al obedecer la voluntad de Dios, incluso hasta la muerte. Por eso Él expió

nuestra autodeterminación y la venció para nosotros. Él abrió un camino, por medio de la muerte y de la resurrección, para una vida enteramente unida con la voluntad de Dios y dedicada a ella.

4. La voluntad redentora de Dios puede ahora ejecutar, en el hombre caído, aquello que su voluntad creadora hizo y siempre hace en la naturaleza o cosas no caídas. En Cristo y su ejemplo, Dios revela la devoción para con su voluntad y el placer de ejecutarla, como Él pide y espera de nosotros. En Cristo y su Espíritu Él renueva nuestra voluntad y toma posesión de ella. Él opera tanto en el querer como en el hacer, volviéndonos capaces y deseosos de hacer toda su voluntad.

Él mismo hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad. *"(Dios)... os perfeccione en todo lo bueno para que hagáis su voluntad, haciendo en nosotros lo que es agradable delante de Él por medio de JESUCRISTO…"* (Heb 13:21). Cuando el Espíritu Santo revela esa verdad, y creemos en ella y la recibimos en nuestro corazón, sabemos lo que es la oración *"hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"*. Se despierta un deseo sincero para la vida que ella promete.

5. ¡Cuán importante es que el cristiano comprenda su relación con la voluntad de Dios y los derechos que esa voluntad tiene sobre él!

Muchos cristianos no tienen la menor idea de cómo debe ser su fe o su sentimiento en relación a la voluntad de Dios. Son pocos los que dicen: "Mi más completa bienaventuranza es estar en perfecta armonía con la voluntad de Dios. Siento que mi única necesidad es estar en continua sujeción a Dios, hacer siempre (incluso en las menores cosas) aquello que Dios quiere que yo haga. Por la gracia de Dios puedo vivir cada hora de mi vida en su voluntad, haciéndola en la tierra como se hace en el cielo.

6. Solamente cuando domina el corazón la fe viva en la divina voluntad, que opera cada vez más sus propósitos en nosotros, tenemos coraje de creer en la respuesta a la oración que nuestro Señor nos enseñó. Cuando vemos que la operación de la voluntad de Dios está siendo ejecutada en nosotros por medio de Jesucristo, entenderemos que la íntima unión con Él es lo que trae la confianza de que Dios obrará todo en nosotros. Y sólo esa confianza en Dios, por medio de Jesucristo, nos asegurará que podemos hacer también nuestra parte, y que nuestra voluntad vacilante en la tierra puede verdaderamente

corresponder y cooperar con la voluntad de Dios en el cielo. Aceptemos nuestro destino y nuestro deber, como el único deseo de nuestro corazón, que en todo sea hecha la voluntad de Dios en nosotros y por medio de nosotros como se hace en el cielo. Esa fe vencerá el mundo.

7. La voluntad no puede estar desligada de la unión viva con el Padre ni de la presencia viva del bendito Hijo. Sólo podemos conocer la voluntad de Dios - en su belleza, en su aplicación al diario vivir, y en su revelación cada vez mayor - mediante la orientación divina por medio del Espíritu Santo. Esa enseñanza será transmitida, no a los sabios y cultos, sino a los pequeñitos, a las personas que tiene disposición de niños, a los que están dispuestos a esperar las cosas que le son dadas y a depender de ellas. La orientación divina los guiará a lo largo del camino de la voluntad de Dios.

8. Nuestra comunión secreta con Dios es el lugar en que repetimos y aprendemos las grandes lecciones.

El Dios a quien adoro requiere de mí unión perfecta con su voluntad. Mi adoración significa: “Tengo gran alegría en hacer tu voluntad, oh mi Dios”. La hora tranquila matinal, el aposento cerrado, la comunión secreta con Dios, es lo que buscamos. Cultivamos el conocimiento de la voluntad de Dios, el poder para ejecutarla y la entrega completa y placentera para hacer todo lo que Dios desea. Entonces, el estudio de la Palabra de Dios y nuestra oración traerán bendiciones plenas y verdaderas.

22
ALIMENTÁNDOSE DE LA PALABRA

Tus palabras fueron halladas, y las comí;
Tu palabra fue para mí el gozo y la alegría de mi corazón
(Jer 15:16)

Tenemos aquí tres cosas: Encontrar la Palabra de Dios. Sólo la encuentran aquellos que la buscan diligentemente. Después, el comer. Es la apropiación personal para nuestro sustento, es absorber en lo íntimo del ser las palabras de Dios. *"... No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de DIOS"* (Mt 4:4). Y enseguida viene la alegría.

> "45 También el reino de los Cielos es semejante a un mercader en busca de buenas perlas, 46 y cuando encontró una perla de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía y la compró" (Mt 13:45-46).

Tenemos aquí las tres cosas: encontrar, apropiarse y alegrarse. "*Tus palabras fueron halladas, y las comí; Tu palabra fue para mí el gozo y la alegría de mi corazón".*

Comer es la idea central. Viene precedida de encontrar, y es seguida de la alegría. Comer es el único propósito y utilidad del encontrar, es la causa y es la vida del alegrarse. En la intimidad del recinto cerrado ¡cuánto depende de esto: comer la Palabra de Dios!

Para comprender bien la diferencia entre el comer y el encontrar la Palabra de Dios, compara el trigo guardado en el granero con el pan sobre la mesa. Todo el trabajo diligente de en sembrar, recoger y guardar el trigo en el granero, toda la recompensa por el trabajo, todo eso de nada vale al hombre si no se alimenta diariamente del pan que necesita su cuerpo. En el encontrar, en el cosechar y en el guardar, se busca la mayor cantidad y la mayor rapidez posible - y esas cosas deben ser hechas -. En el comer acontece justamente lo contrario, aquí es la porción pequeña y el digerir lento e incesante lo que caracteriza la apropiación.

¿Percibes la aplicación que esa ilustración tiene para el estudio de las Escrituras en tu hora tranquila matinal? Tú necesitas encontrar las palabras de Dios y, en meditación, conocerlas a fondo, de tal modo que queden

almacenadas en tu mente y en tu memoria, para tu propio uso y el de otros. En ese trabajo es posible que haya muchas veces una gran alegría, la alegría de la cosecha o la alegría de la victoria, la alegría del tesoro adquirido o de las dificultades vencidas. Sin embargo, es necesario que nos acordemos de que el encontrar y el poseer las palabras de Dios aún no significa comerlas, pues solamente el comer trae vida divina y fuerza para el alma.

El hecho de estar ocupado en conseguir el buen trigo y el hecho de poseerlo no alimenta al hombre. El hecho de estar profundamente interesado en el conocimiento de la voluntad de dios no va a alimentar por sí solo al alma. "*Tus palabras fueron halladas",* esa fue la primera parte. *"Las comí"*, eso fue lo que trajo alegría y gozo.

¿Qué comer? El trigo, cultivado por el agricultor que mucho se alegró por poseerlo, no puede alimentar su cuerpo mientras no lo tome y lo coma. Es necesario que lo asimile tan bien que se torne parte de su cuerpo, entrando en su sangre y formando su propia carne. Eso tiene que ser hecho en pequeña cantidad cada vez, dos o tres veces al día, todos los días del año. Esa es la ley del come. No es la cantidad de verdad que extraigo de la Palabra de Dios, no es el interés o éxito de mi estudio bíblico, ni es la mayor claridad o la mayor cantidad de los conocimientos adquiridos, lo que me asegura la salud y el crecimiento espiritual. De ningún modo. Todo eso, con frecuencia, lleva a la naturaleza humana a un estado no santificado y no espiritual, con muy poco de la santidad y humildad de Jesucristo. Es necesario algo más. Jesús dice: *"... mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió y acabar su obra"* (Jn 4:34).

Es necesario tomar una pequeña porción de la Palabra de Dios (alguna orden explícita para la nueva vida), recibirla en tu voluntad y en tu corazón, someterse de modo absoluto a la orden divina y prometer realizarla en el poder del Señor Jesús. Es necesario hacer todo eso y después dar el paso siguiente, es decir, comer la Palabra, para que ella permanezca en lo íntimo del ser y se vuelva parte integrante de la vida. Eso es comer la Palabra. Sea una verdad o una promesa, aquello que comes se vuelve parte de ti; lo llevas por dondequiera que vayas como una parte de la vida que vives.

Percibes inmediatamente como la diferencia entre el trigo en el granero y el pan en la mesa se aplica a tu estudio bíblico. El adquirir conocimiento bíblico es una cosa, el comer la Palabra de Dios, recibiéndola en el corazón por el

poder del Espíritu dador de vida, es algo muy diferente. Y puedes ver cómo las dos leyes, el comer y el encontrar el alimento, deben ser siempre obedecidas. Tú puedes coger y almacenar trigo para muchos y muchos años. Pero no puedes ingerir suficiente cantidad de pan que te alimente por varios días. Día a día, y más de una vez por día, ingieres tu porción diaria. De la misma manera, es necesario que el comer la Palabra de Dios se haga en pequeñas porciones, y en la cantidad que el alma pueda recibir y digerir. Y eso diariamente, año tras año.

Es ese sustento por la Palabra lo que me permite decir: *"Ellas son mi alegría y mi júbilo"*. Jorge Muller dice que aprendió que no debía parar de leer la Palabra mientras no se sintiese feliz en Dios. Sólo entonces él se sentía preparado para enfrentar su día de trabajo.

23
VACACIONES

... si el amo de la casa supiera a qué hora vendría el ladrón, no dejaría forzar su casa (Lc 12:39).

En una conferencia sobre educación, Edward Thring dijo: "Las potentes horas de ocio con sus ocupaciones tienen gran poder (…); la poderosa cuestión de las horas de ocio debe ser la más importante de todas, pues es la que más afecta el carácter (…) Las horas de ocio son la bisagra sobre la cual gira la verdadera educación".

El gran maestro en la ciencia de la educación percibió que la nobleza del carácter y la autenticidad del ser vienen en primer lugar, y solamente después la técnica y la fuerza. Vio también que, aunque un profesor pueda hacer mucho mediante palabras y acciones, creencia y verdadero trabajo, a fin de estimular y orientar, cada estudiante necesita desarrollar su propio carácter. Es en la horas de ocio, libre de presión y observación, que el estudiante muestra sus prioridades. Fue esa la razón pro al cual Edward Thring dio gran importancia a las horas de ocio, la bisagra sobre la cual gira la verdadera educación.

En cosas espirituales eso es también una gran verdad. Millares de estudiantes lo han experimentado, incluso sin saber expresarlo o explicarlo. En la escuela, del nivel primario al superior, la hora tranquila matinal tiene su lugar. La mente está preparada para un trabajo regular y sistemático, y la hora devocional es fielmente preservada, así como al hora del aula o de la preparación de las lecciones.

Cuando llega el tiempo del descanso y la persona puede hacer exactamente lo que desea, muchos piensan que, si la hora tranquila y la comunión ya se volvieron cosa natural y una alegría y una necesidad para la vida del espíritu, su observancia contribuye a la alegría de las vacaciones. Las vacaciones se vuelven el test del carácter, la prueba de hasta dónde es posible decir como Job, que apreciaba más las palabras de Dios que su propia comida. El problema de las horas de ocio es ciertamente de gran importancia. En las hora de ocio la persona se vuelve, libre y con toda naturalidad, a las cosas que más le gustan. En esas horas la energía ser renueva, para mejor aprovechamiento de lo que posee.

Se dice que cierto profesor afirmó:

> La mayor dificultad que enfrentamos son las vacaciones de verano. Cuando conseguimos conducir una alumno al punto ideal de la disciplina, en el momento que él pasa a reaccionar de la mejor manera posible, lo perdemos. Cuando vuelve de las vacaciones tenemos que recomenzar todo de nuevo. Las vacaciones de verano lo vuelven indisciplinado.

Esa es una fuerte afirmación en lo que se refiere al estudio y al deber; y, dentro de ciertos límites, se aplica también a la vida espiritual. La relajación repentina de hábitos regulares y el pensamiento sutil de que la libertad para hacer lo que se desea significa absoluta felicidad, hace que muchos estudiantes retrocedan en su vida cristiana. Es necesario que miembros más mayores y más experimentados del cuerpo estudiantil auxilien y protejan a sus miembros más jóvenes. Aquello que fue conseguido en meses puede ser perdido pro la negligencia de una semana. No sabemos a qué hora viene el ladrón. La comunión de la hora tranquila matinal significa vigilar sin cesar, todo el día y todos los días.

Se debe explicar al estudiante ese peligro y cómo librarse de él. Durante las vacaciones estamos libre de los reglamentos escolares bajo los cuales vivimos durante el año lectivo. Pero continuamos viviendo bajo otros reglamentos o leyes: leyes de la moralidad y leyes de la salud, respecto de las cuales no nos podemos relajar. El estudiante debe ser informado de que la necesidad de comunión diaria con Dios no hace parte de las reglas escolares, sino de las reglas de moralidad y salud. Así como él necesita comer y respirar diariamente durante las vacaciones, necesita también comer el pan del cielo y respirar el aire del cielo todos los días.

Dejemos claro que la hora matinal no es sólo un deber, sino también un indescriptible privilegio y placer. Comunión con Dios, habitar en Cristo, amar la Palabra y meditar en ella todo el día… Para la nueva naturaleza esas cosas son vida y fuerza, salud y alegría. Considéralas de ese modo. Cree en el poder de la nueva naturaleza interior y piensa conforme a ella. Aunque no lo sientas, ese poder se volverá realidad. Cuéntalo como alegría y se volverá alegría.

Sobre todo, comprende que el mundo necesita de ti y depende de ti para que seas su luz. Cristo espera que seas un miembro de su Cuerpo día a día,

de tal modo que Él pueda ejecutar su obra de salvación por medio de ti. Ni Él, ni el mundo, ni tú, podéis daros el lujo de perder un día siquiera. Dios te creó y redimió para que su su luz, vida y amor brillen a través de ti ininterrumpidamente, así como a través del sol Él ilumina el mundo. Todos los días necesitas renovar tu comunicación con el fundamento de toda luz. No pienses en quitar vacaciones de la comunión con Dios. Ni consideres tal cosa. Valora las vacaciones como una época especial para el estudio aún más preciso de la Palabra. Valora las vacaciones como una oportunidad especial para la comunión aún mayor con el Padre y con el Hijo. En vez de permitir que sean una trampa, en vez de permitir que consuman tus energías, valóralas como una época bendecida para acción de gracias y victoria sobre ti mismo y sobre el mundo. Puede ser una época para la renovación de tu fuerza y de la gracia de Dios, para ser bendecido y volverte una bendición.

24
LO INTERIOR Y LO EXTERIOR

Insensatos, el que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro?
(Lc 11:40).

Todo espíritu necesita de un cuerpo en que su vida sea personificada. La forma exterior es la expresión visible de la vida interior oculta. Generalmente se conoce la forma exterior antes que el interior, y es por medio de aquella que esta se desarrolla y llega a la plena perfección, conforme dice el apóstol Pablo en 1Cor 15:46: *"Mas lo espiritual no es primero, sino lo anímico; luego lo espiritual"*. Entender y mantener la relación correcta de lo interior con lo exterior es uno de los mayores secretos de la vida cristiana.

Si Adán en el paraíso no hubiera cedido a la tentación, la prueba por la que pasó habría resultado en el perfeccionamiento de su vida interior. Fue su pecado y ruina y la causa de toda su miseria entregarse al poder del mundo invisible. En vez de buscar la felicidad en la vida interior oculta en un corazón que honrase el mandamiento de Dios, en el amor y en la fe, en la obediencia y en la dependencia, él se agarró al mundo exterior, en el placer y en el conocimiento del bien y del mal que el mundo le podía ofrecer.

Toda la falsa religión, desde la idolatría más degradada hasta las desviaciones del judaísmo y del cristianismo, tienen su raíz en ese punto, en aquello que es exterior, en aquello que agrada a los ojos o interesa a la mente o satisface la inclinación; toma el lugar de la verdad interior, toma el lugar de la sabiduría oculta en el corazón y en la vida, toma el lugar de la sabiduría que Dios busca y da.

La gran marca del Nuevo Testamento es ser una dispensación de la vida interior. La promesa de la nueva alianza es: *"... Pondré mi ley en su interior y la escribirá en sus corazones"* (Jer 31:33). *"Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo en vosotros (...) Pondré mi Espíritu en vosotros..."* (Ez 36:26-27). Y la promesa de Jesús es *"El Espíritu de la verdad (...) vive con vosotros (...) En aquel día comprenderéis que estoy en (...) vosotros"* (Jn 14: 17.20).

El cristianismo tiene como base el estado del corazón: un corazón al cual Dios mandó el Espíritu de su Hijo, un corazón desde el cual el amor de Dios es irradiado. El recinto cerrado, es decir, la comunión secreta con el Padre, que ve en lo secreto, es el símbolo y la escuela de entrenamiento de la vida interior. El uso fiel y constante, día tras día, del recinto cerrado hará que la vida interior oculta se vuelva fuerte y agradable.

En todo nuestro cristianismo, el gran peligro es dar más tiempo y énfasis a la forma exterior que a la realidad interior. No es la intensidad del estudio bíblico, ni la frecuencia, ni el fervor de las oraciones o de las buenas obras, lo que establece una vida espiritual auténtica. ¡No! Necesitamos entender que, como Dios es Espíritu, hay dentro de nosotros un espíritu que puede conocerlo, recibirlo, tornarse semejante a Él y ser participante de las mismas características de Dios en su bondad y amor.

Pon en tu mente que toda nuestra salvación consiste en la manifestación de la naturaleza, la vida y el sentir de Jesucristo, tanto en la vida exterior como en la renovada vida interior. Solamente eso renueva y reconquista en el alma del hombre aquella primera vida dada por Dios. Adondequiera que vayas, hagas lo que hagas, en casa o fuera de ella, haz todo en un deso de unión con Cristo, imitando su carácter y su actitud. Anhela solamente por aquello que ejercite y aumente el sentimiento y la vida de Cristo en tu alma. Anhela por tener todo tu ser cambiado a la semejanza del carácter y santidad de Jesús.

Considera el tesoro que está dentro de ti (el Salvador del mundo, la eterna Palabra de Dios), escondido en tu corazón, como semilla de la naturaleza divina, cuya finalidad es vencer el pecado y la muerte, y generar, entonces, la nueva vida celestial.

Vuélvete a tu corazón. Tu corazón encontrará a tu Salvador, tu Dios, dentro de ti mismo. Buscas y no ves a Dios porque lo buscas fuera de ti, en libros, en la iglesia, en las prácticas externas. No lo encontrarás en ningún lugar hasta que primero lo hayas encontrado en tu corazón. ¡Búscalo en tu corazón y jamás buscarás en vano, pues allí habita Él, allí está el lugar de su luz y del Espíritu Santo!

25
LA RENOVACIÓN DIARIA: SU PODER

Por tanto, no desmayamos; más bien, aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior, no obstante, está siendo renovado de día en día
(2Cor 4:16)

Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho,
Sino según su misericordia,
por medio del lavamiento de la regeneración
y de la renovación del Espíritu Santo
(Tito 3:5)

Día tras día la naturaleza se renueva. Cuando el sol nace trayendo luz y calor, las flores se abren, los pájaros cantan, y la vida se agita y se intensifica por todas partes. Cuando nos levantamos, después del descanso de la noche, y tomamos el alimento de la mañana, recibimos nuevas fuerzas para las tareas del día. La hora tranquila matinal es el reconocimiento de que nuestra vida interior también tiene necesitad de su renovación diaria. Es solamente por el alimento estimulante de la Palabra de Dios y por la comunicación fortalecedora con el propio Dios, por medio de la oración, que podemos mantener el vigor de la vida espiritual y crecer.

Aunque cuando nuestro hombre exterior se corrompa, incluso con el fardo de la enfermedad y del sufrimiento; aunque la tensión del trabajo y del cansancio nos agoten y debiliten, nuestro hombre interior puede ser renovado día tras día.

Un lugar sosegado y un hora tranquila, con la Palabra y con la oración, son los medios de la renovación. Pero sólo conseguiremos la renovación cuando esos recursos cuando esos recursos sean vivificados por el poder divino. El poder divino es el Espíritu Santo, el gran poder de Dios que opera en nosotros. El estudio en el recinto cerrado y la vida interior que representa serían inútiles si no diésemos el debido lugar a la renovación diaria de nuestro hombre interior, la cual es la función operadora del Santo Espíritu. En el pasaje de la carta de Pablo a Tito, aprendemos que fuimos salvos *"por medio del lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo".* Regenerador y renovador no son la misma cosa. La regeneración es

una obra grandiosa, el comienzo de la vida cristiana; la renovación del Espíritu Santo es una obra que jamás termina.

En Rm 12:2 leemos sobre la transformación progresiva de la vida cristiana, por la "renovación de la (…) mente". En Ef 4:22-23, aunque la expresión "despojarse del viejo hombre" indique una acción pasada, la orientación a "ser renovados en el modo de pensar" está en el presente e indica una obra progresiva. Vemos la misma cosa en Colosenses 3:10: *"y os habéis vestido el nuevo que está siendo renovado hasta un conocimiento pleno, conforme a la imagen del que lo creó".* Hemos de mirar al Espíritu Santo y confiar en Él para la renovación diaria de nuestro hombre interior en el recinto cerrado.

En nuestra devoción secreta, todo depende de que mantengamos la relación correcta con la tercera Persona de la Santísima Trinidad, por medio de quien el Padre y el Hijo operan el amor que redime y por medio de quien el cristiano puede desempeñar su tarea. La obra sólo es hecha por medio del Espíritu Santo. Esa relación correcta con el Espíritu Santo puede ser expresada en dos simples palabras: fe y renuncia.

1. Fe. Las Escrituras dicen: " (…) recibisteis el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!" (Rm 8:15). El hijo de Dios, incluso el más débil en la fe, que en su hora tranquila matinal quiera ofrecer oración que agrade al Padre y sea una bendición para sí mismo, debe acordarse de que recibió el Espíritu Santo como Espíritu de oración. La ayuda del Espíritu Santo es indispensable para que tengamos la capacidad de orar con eficiencia. Lo mismo acontece con la Palabra de Dios. Sólo por el Espíritu Santo podemos recibir la verdad de su significado y el poder divino, los cuales operan en nuestro corazón. Si tú quieres que la renovación diaria de tu interior en la hora tranquila matinal sea una realidad, no te apresures, sino medita, adora y cree de todo corazón que el Espíritu Santo te fue dado, que Él está en ti y que por medio de Él Dios obrará las bendiciones concedidas por medio de la oración y de la lectura de la Palabra.
2. Renuncia. No te olvides de que el Espíritu Santo debe tener el control absoluto. "*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.* (…) *No vivimos según la carne, sino según el Espíritu"* (Rm 8:14.4). Es la alegre presencia del Espíritu lo que dá a la Palabra luz y poder, y nos conserva como niños en el bendecido vivir de obediencia y confianza, tan agradables a Dios. Alabemos a

> Dios por esa dádiva maravillosa: el Espíritu Santo con su poder renovador, y con alegría y esperanza consideremos el recinto cerrado como el lugar donde nuestro hombre interior puede ser renovado día tras día. De esa manera conservaremos el vigor de la vida; de esa manera continuaremos cada vez con más intensidad produciendo mucho fruto, a fin de que el Padre sea glorificado.

Si todo esto es verdad, ¡qué necesidad tenemos de conocer al Espíritu Santo de manera correcta! Como la tercera Persona de la Trinidad, es su deber y función traer la vida de Dios hasta nosotros, cobijarse en la profundidad de nuestro ser y hacerse uno con nosotros, para revelar al Padre y al Hijo, para ser el maravilloso poder de Dios operando en nosotros, y para controlar todo nuestro ser. Él pide además una cosa: absoluta obediencia a su liderazgo. El alma realmente rendida encontrará en la renovación diaria del Espíritu Santo el secreto del crecimiento, del poder y de la alegría.

26
LA RENOVACIÓN DIARIA: SU MODELO

9 Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus prácticas (...) 10 y os habéis vestido el nuevo que está siendo renovado hasta un conocimiento pleno, conforme a la imagen del que lo creó

(Col 3:9-19)

21 si en verdad lo oísteis y fuisteis enseñados en Él (...) 22 (...) a despojarse del viejo hombre (...) 23 a renovarse en el espíritu de la mente, 24 y a vestirse el nuevo hombre, que fue creado según DIOS en la justicia y santidad de la verdad"

(Ef 4:21-24)

En cualquier actividad es esencial que se tenga el objetivo bien definido. No bastan acción y progreso, necesitamos saber si estamos yendo para la dirección cierta, de conformidad con el objetivo. Principalmente, cuando actuamos asociadamente con alguien, de quien dependemos, es necesario que nuestros propósitos estén en perfecto acuerdo. Para que nuestra renovación diaria alcance su objetivo, necesitamos saber con claridad cuál es nuestro propósito y apegarnos a él.

"... Y os habéis vestido el nuevo que está siendo renovado hasta un conocimiento pleno". La vida divina, la obra del Espíritu Santo en nuestro interior, no es una fuerza ciega como en la naturaleza. Trabajamos con Dios; nuestra cooperación debe ser inteligente y voluntaria.

"*El nuevo (hombre) que está siendo renovado hasta un conocimiento pleno".* El conocimiento natural puede obtener cierto tipo de comprensión de la Palabra, pero será un conocimiento sin vida ni poder, sin la verdad o la sustancia real ofrecida por el conocimiento espiritual. El revestimiento del Espíritu Santo da el conocimiento auténtico, que no consiste en pensamiento e idea, sino en un discernimiento interno, en una asimilación viva de aquello cuya imagen son las palabras y los pensamientos. El nuevo hombre ser rehace para un conocimiento pleno. Por más diligentes que seamos en el estudio bíblico, no hay conocimiento real más allá de aquel que experimentamos en la renovación espiritual. Renovación en el espíritu del

entendimiento, en la vida mental y en el ser interior. Solamente esa renovación trae conocimiento divino.

¿Y cuál es el modelo que revelar al conocimiento espiritual? El nuevo hombre se rehace para el pleno conocimiento según la imagen de Aquel que lo creó. Nada menos que a imagen y semejanza de Dios. Ese es el único objetivo del Espíritu Santo en su renovación diaria, y debe ser ese el objetivo del cristiano que busca la renovación..

Fue este el propósito de Dios en la creación: *"... hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza…"* (Gn 1:26). Dios sopló su propia vida en el hombre, para poder reproducir en los hombres una perfecta semejanza con Dios en los cielos. En Cristo, la imagen de Dios fue revelada y vista en forma humana. Fuimos predestinados, redimidos, y llamados, y estamos siendo enseñados y cualificados por el Espíritu Santo para que nos tornemos a semejanza del Hijo, para que nos tornemos imitadores de Dios, y para que andemos como Cristo anduvo. ¿Cómo puede ser ejecutada la renovación diaria? ¿Cuál es el beneficio del estudio y la oración diarios? Sólo podrán ser provechosos si ponemos nuestro corazón en aquello en que Dios puso el suyo: que el nuevo hombre se rehaga día tras día según la imagen de Aquel que lo creó.

En el segundo pasaje bíblico, tenemos el mismo pensamiento expresado de un modo un poco diferente: *21 si en verdad lo oísteis y fuisteis enseñados en Él (...) 22 (...) a despojarse del viejo hombre (...) 23 a renovarse en el espíritu de la mente, 24 y a vestirse el nuevo hombre, que fue creado según DIOS en la justicia y santidad de la verdad" (Ef 4:21-24). J*usticia es el odio que Dios tiene al pecado y su aprobación de aquello que es correcto. Santidad es la gloria inefable de Dios en la perfecta armonía de su justicia y amor, su infinita exaltación por encima del ser humano, su perfecta unión con el ser humano. En el hombre, justicia es toda la voluntad de Dios en lo que se refiere a nuestro deber para con Él y para con nuestro prójimo; santidad es nuestra relación personal con Él. Así como el hombre fue creado, tiene que ser renovado diariamente "*en la justicia y santidad de la verdad".* El poder del Espíritu Santo está operando en nosotros para asegurar eso. Él aguarda día tras día, en su gracia y poder renovador, que nos rindamos a Él.

La hora tranquila matinal es la ocasión apropiada para asegurar la renovación

del Espíritu Santo según la imagen de Dios, en la justicia y santidad de la verdad. Necesitamos meditar y orar para que nuestro corazón consiga el mismo objetivo de Dios, para que nuestro corazón adquiera una visión real de la maravillosa posibilidad de que el hombre interior sea renovado diariamente según la semejanza de Dios, por el Espíritu del Señor. Estudiante de la Biblia: que nada menos sea tu objetivo, que nada menos satisfaga tus aspiraciones.

La imagen de Dios, la vida de Dios, están en ti. La semejanza divina puede ser vista en ti. No separes a Dios de su semejanza. Deja que todos se aproximen a Él. Deja que todas las personas confíen en Él, es decir, que todos lo encuentren. Deja que la semejanza divina sea encontrada en ti mediante la renovación del Espíritu Santo.

Que sea esta tu oración diaria: rehacerte a imagen de Aquel que te creó.

27
LA RENOVACIÓN DIARIA: SU PRECIO

Por tanto, no desmayamos; más bien, aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior, no obstante, está siendo renovado de día en día
(2Cor 4:16)

Y no os adaptéis a este mundo, sino sed transfigurados por la renovación de la mente para que discernáis cuál es la buena, agradable y perfecta voluntad de DIOS
(Rm 12:2)

No es cosa fácil ni insignificante ser un cristiano fuerte y maduro. Respecto a Dios, le costó la vida de su Hijo. Se requiere el maravilloso poder de Dios para que se cree un nuevo hombre; y solamente el continuo cuidado diario del Espíritu Santo puede mantener la nueva vida.

En cuanto al hombre, es preciso que, al asumir el nuevo hombre interior, el viejo hombre desaparezca. Todos los hábitos, inclinaciones y placeres del hombre natural que hicieron parte de su vida hasta ese momento, tienen que ser puestos de lado. Tenemos que vender todo lo que poseemos por ser de la descendencia de Adán si queremos poseer la perla de gran precio. Si una persona pretende seguir a Cristo tiene que negarse a sí mismo y tomar su cruz. Tiene que abandonar todo y seguir a Cristo en las veredas en que Él anduvo. Tiene que deshacerse no sólo de todo pecado, sino también de todo lo que pueda volverse una oportunidad para el pecado (no importa cuán necesario, legítimo y precioso sea): arrancar el ojo, cortar la mano. También tiene que abominar su propia vida, perderla, si quiere vivir en el poder de la vida eterna. Ser un cristiano verdadero es algo realmente serio, mucho más de lo que las personas imaginan.

Eso es especialmente verdadero en la renovación diaria del hombre interior. Pablo se refiere a la renovación acompañada del declive del hombre exterior y condicionada a ese declive. Toda la segunda carta a los Corintios nos muestra cómo la comunión con los sufrimientos de Cristo, incluso con su muerte, era el secreto del poder y de la bendición de su vida para las iglesias.

"Llevando por todas partes siempre en el cuerpo la agonía mortal de JESÚS, para que también la vida de JESÚS sea manifestada en nuestro cuerpo.12 De manera que en nosotros se energiza la muerte, pero en vosotros la vida" (2Cor 4:10.12).

La plena experiencia de la vida en Cristo en nuestra persona, en nuestro cuerpo y en nuestro trabajo para los otros, depende de nuestra comunión con sus sufrimientos y con su muerte. Es imposible que haya renovación grande del hombre interior sin el sacrificio y decadencia del exterior.

Para llenarse de lo que es celestial, la vida necesita ser vaciada de lo que es terreno. Tenemos la misma verdad en el segundo texto bíblico: "*... sed transfigurados por la renovación de la mente".* Una casa vieja puede ser renovada y guardar mucho de su vieja apariencia, pero la reforma puede también ser tan completa que las personas lleguen a exclamar: ¡Qué transformación! La renovación de la mente por el Espíritu Santo significa una transformación completa, un modo enteramente diferente de pensar, juzgar o decidir. La mente carnal da lugar al "entendimiento espiritual" (Col 1:9). Esa transformación no puede venir a no ser que la persona pague el precio de deshacerse de toda la vieja naturaleza. "*Y no os adaptéis a este mundo, sino sed transfigurados…".* Por naturaleza pertenecemos a este mundo. Cuando somos renovados por la gracia aún estamos en el mundo, sujetos a su influencia sutil y penetrante, de la cual no podemos librarnos por nosotros mismos. Aún más: el mundo aún está en nosotros, como el fermento de la naturaleza, el cual no puede ser expurgado por nada, a no ser el maravilloso poder del Espíritu Santo que nos llena con la vida celestial.

Dejemos que esas verdades se profundicen en nosotros y nos dominen. La transformación divina por la renovación diaria de nuestra mente a su imagen, que está tan por encima de nosotros, puede proseguir en nosotros rápida y profundamente a medida que procuramos liberarnos de nuestra conformación al mundo. La negativa "no os amoldéis al patrón de este mundo" necesita recibir tanto énfasis como la afirmación positiva "sed transformados".

El espíritu de este mundo y el Espíritu de Dios luchan por poseer nuestro ser. Solamente cuando identificamos al mundo, renunciamos a él y lo rechazamos, el Espíritu celestial podrá entrar en nosotros y ejecutar su bendecida obra de renovación y transformación. Es necesario que abandonemos el mundo entero, así como el espíritu mundano, sea el que sea. La renovación diaria del hombre interior cuesta un alto precio, es decir, en

tanto que dudamos o intentamos promoverla con nuestros propios esfuerzos. Una vez aprendido que es el Espíritu Santo el que la promueve, la renovación se vuelve le sencilla, el natural, el saludable y el alegre crecimiento de la vida celestial en nosotros.

Entonces el recinto cerrado se volverá el lugar en el que deseamos permanecer todo el día, a fin de adorar a Dios por todo lo que Él ya hizo, por lo que está haciendo y por aquello que sabemos que hará. Día tras día sometámonos nuevamente al bendito Señor que dice: *"El que cree en Mí, como dijo la Escritura, de su vientre fluirán ríos de agua viva"* (Jn 7:38). La renovación del Espíritu Santo se vuelve una de las verdades más bendecidas de nuestra vida cristiana diaria.

28
SANTIDAD:
EL OBJETIVO PRINCIPAL DEL ESTUDIO BÍBLICO

Santifícalos en la verdad, tu Palabra es verdad (Jn 17:17)

En su gran oración intercesora, nuestro Señor habló las palabras que le dio el Padre. Él dice haberlas transmitido a sus discípulos, y que ellos las habían recibido y habían creído en ellas. Fue eso lo que los convirtió en discípulos. Fue el hecho de guardar las palabras del Padre lo que los capacitó para vivir la vida y hacer el trabajo de discípulos verdaderos. Recibir las palabras de Cristo y guardarlas es la señal y el poder del verdadero discipulado.

Nuestro Señor pidió al Padre que guardase a sus discípulos del mundo cuando Él, Jesús, los dejase; y pidió que los santificara en la verdad que habita y opera en su Palabra. Cristo dice de sí mismo: *"... Yo soy (...) la Verdad..."* (Jn 14:6). Él es el Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Su enseñanza no fue como la ley dada por medio de Moisés, la cual transmitía un conocimiento y una promesa de cosas buenas futuras, promesa que era una imagen o sombra. *"Las palabras que yo os digo son espíritu y vida"*. Esta afirmación trae sustancia, poder y posesión divinas. Cristo se refirió al Espíritu como el Espíritu de verdad que llevaría al cristiano a entender toda la verdad que estaba en Él mismo, no como en entendimiento o doctrina, sino como alegría y experiencia verdaderas.

Jesús entonces ora para que en esta verdad viva que habita en la Palabra y les es revelada por el Espíritu, el Padre los santifique. *"Y por ellos Yo me santifico, para que también ellos sean santificados en verdad"* (Jn 17:19). Pide al Padre que se haga cargo de ellos en su amor y poder, que su objetivo (santificarlos en la verdad por medio de su Palabra que es verdad) se realice, y que ellos, como el mismo Jesús, sean santificados en la verdad. Estudiemos las maravillosas lecciones aquí presentadas con referencia a la Palabra de Dios.

"Santifícalos en la verdad, tu Palabra es verdad". El gran propósito de la Palabra de Dios es volvernos santos. Ninguna persistencia o éxito en el estudio bíblico traerá provecho para nosotros si no nos hace personas más humildes y más santas. Ese debe ser nuestro objetivo todas las veces que leemos las santas Escrituras. La mayoría de las veces la lectura de la Biblia

produce tan poco resultado para transformar el carácter semejante a Cristo porque el cristiano no busca verdaderamente la salvación por la santificación del Espíritu y de la creencia en la verdad. Las personas piensan que, si estudian la Palabra y aceptan sus verdades, eso por sí mismo las beneficiará de algún modo. Pero la experiencia demuestra que eso no acontece. El fruto (el carácter santo, la vida consagrada, el poder de bendecir a otros) no viene por la simple razón de que sólo conseguimos aquello que buscamos. Cristo nos dio la Palabra de Dios para volvernos santos. La verdad nos es revelada solamente cuando hacemos de la santidad nuestro propósito explícito en todo el estudio bíblico. Esa verdad no es la verdad doctrinal, sino la verdad divina llena de poder, que transmite la propia vida de Dios contenida en ella, como si fuese una semilla.

"Santifícalos en la verdad, tu Palabra es verdad". Sólo el propio Dios nos puede volver santos por su Palabra. La Palabra, separada de Dios y de su influencia directa, no hace nada. La Palabra es un instrumento, el mismo Dios debe usarla. Sólo Dios es santo, sólo Él puede conceder santidad. El extraordinario valor de la Palabra de Dios es ser el agente de la santidad divina. El terrible engaño de muchos es olvidarse de que sólo Dios puede usarla y volverla eficaz. No es suficiente que yo tenga acceso a los remedios, necesito de una receta; sin el médico, el uso que hago de los remedios puede ser fatal. Ocurre lo mismo con los escribas. Ellos se vanagloriaban de la ley de Dios, se deleitaban en el estudio de las Escrituras, pero no eran santificados. La Palabra no los santificó porque ellos no buscaban santificación en la Palabra y no se sometían a Dios para los santificase.

"Santifícalos en la verdad, tu Palabra es verdad". Esa santidad por medio de la Palabra necesita ser buscada y aguardada en Dios en oración. Nuestro Señor no enseñó a los discípulos sólo que debían ser santos; Él no sólo se santificó a favor de ellos para que pudiesen ser santificados en la verdad, sino que también oró que el Padre los santificara. Hay necesidad absoluta de conocer la Palabra de Dios y meditar en ella. Hay necesidad absoluta de que nuestro corazón se decida a ser santo, siendo ese su primer y más importante propósito en el estudio de la Palabra. Pero todo eso aún no es suficiente. Todo depende de que sigamos a Cristo pidiendo al Padre que nos santifique por medio de la Palabra. Es Dios, el santo Padre, quien nos hace santos por el Espíritu de santidad que habita en nosotros. Él obra en nosotros la mente y la vida de Cristo, el cual es nuestra santificación. *"No hay nadie santo como el Señor"* (1Sam 2:2); toda la santidad es de Él, y Él la da por su santa presencia. El tabernáculo y el templo no eran santos por causa de la

purificación, o la separación, o la dedicación; se volvían santos porque Dios venía y habitaba allí. Cuando Dios tomaba posesión de ellos, los volvía santos.

Así, Dios nos vuelve santos por medio de su Palabra, trayendo a Cristo y al Espíritu Santo dentro de nosotros. Y el Padre no puede hacer tal cosa a menos que pasemos tiempo en su presencia, quietos, en profunda dependencia y en entrega absoluta. Encontraremos el poder santificador el Padre, y nuestro conocimiento de la Palabra de Dios nos hará santos, en la oración ofrecida en el Nombre, en la comunión y en la fe del gran Intercesor (‘santifícame en la verdad; tu palabra es verdad’).

¡Cuán sagrada es la hora tranquila matinal! La hora especialmente dedicada de la sumisión de la propia alma a la santidad de Dios, para ser santificado por medio de la Palabra. Recordemos siempre que el único objetivo de Dios es volvernos santos. Que esta sea nuestra oración continua: “Padre, santifícame en tu verdad”.

29
EL SALMO 119 Y SUS ENSEÑANZAS

97 ¡Oh, cuánto amo yo tu ley! ¡Todo el día es ella mi meditación! (...)
159 ¡Mira cuánto amo tus preceptos! ¡Vivifícame (...)
167 Mi alma guarda tus testimonios, Y los ama intensamente.
(Sal 119)

El salmo 119 está enteramente dedicado a enseñarnos el lugar de la Palabra de Dios en nuestra estima y la manera de asegurarnos de su bendición. Es el capítulo más largo de la Biblia, y casi sin excepción, todos sus 176 versículos mencionan la Palabra bajo diferentes nombres. Todo aquel que realmente quiera aprender a estudiar la Biblia de acuerdo con la voluntad de Dios debe hacer un estudio cuidadoso de ese salmo. Debe llegar una época en la vida de esa persona en que se decida a estudiar su enseñanza y practicarla.

¿Cómo nos podemos extrañar de que nuestro estudio bíblico no resulte en mayor provecho y poder espiritual si tomamos negligentemente la dirección divina que nos es ofrecida para tal estudio? Es posible que jamás lo hayas leído entero. Si no tienes tiempo, saca tiempo, alguna hora en el domingo (¿O por qué no alguna hora libre entre semana?) para leer todo el capítulo e intentar asimilar el pensamiento principal, o por lo menos, su sentido. Si te es difícil conseguir tal asimilación leyéndolo una sola vez, léelo más veces. Esa lectura repetida hará que le prestes más atención. Las siguientes sugerencias podrán ayudar a su estudio:

1. Presta atención a todos los diferentes nombres usados para referirse a la Palabra de Dios.

2. Presta atención a los diferentes verbos que expresan lo que debemos sentir y hacer con relación a la Palabra. Deja que ese lenguaje te lleve a considerar cuidadosamente el lugar que la Palabra de Dios reivindica en tu corazón y en tu vida, y que el salmo exprese todas las funciones de tu ser: deseo, amor, alegría, confianza, obediencia y acción.

3. Enumera y anota (a) cuántas veces el autor se expresa en tiempo pasado, por haber guardado y observado los mandamientos de Dios, y haber perseverado y haberse regocijado en ellos; (b) cuántas veces dice en tiempo presente que se regocija, ama y estima la ley de Dios. Y entonces (c) cómo,

en tiempo futuro, asevera y promete observar los preceptos de Dios hasta el fin. Suma esos números y mira cómo presenta más de cien veces el alma ante Dios como alguien que honra y guara su ley. Estudia cuidadosamente esas expresiones, pues hacen parte de la oración a Dios, hasta que tengas una imagen definida del hombre justo cuya oración fervorosa y eficaz es de mucho provecho.

4. Estudia después las oraciones y anota las diferentes peticiones con referencia a la Palabra, si es el deseo de entenderla, o el poder de observarla, o la bendición que obtener por observarla. Repara con especial cuidado en las oraciones como las siguientes: "enséñame tus decretos", "dame entendimiento". Repara también cuanto la petición es "según tu promesa".

5. Ennumera los versículos que hacen alusión a la ansiedad, sea respecto a la situación del autor o respecto a la situación de sus enemigos, sea respecto a los pecados de los impíos o respecto a la demora de Dios 'en ayudarlo'. Aprende cómo en la épocas de prueba necesitamos de la Palabra de Dios, y de cómo solamente ella puede traernos consuelo.

6. Entonces viene una de las cosas más importantes. Observa la frecuencia con la que aparecen las palabras 'tú', 'tu', 'tus', 'te', 'ti'; y con qué frecuencia se sobreentienden las peticiones "enséñame" y "vivifícame". Verás cómo el salmo entero es una oración dirigida a Dios. Todo lo que el salmista tiene que decir sobre la Palabra, sea con referencia a la fidelidad a ella, sea respecto a la necesidad de los sentimientos divinos, es declarado directamente a Dios. Él cree que es agradable a Dios y benéfico para su propia alma asociar su meditación en la Palabra con el mismo Dios vivo, tan continuada y tan íntimamente como sea posible. Cada pensamiento de la Palabra de Dios, en vez de apartarlo, lo lleva a una comunión más íntima con Dios.

Para el salmista, la Palabra de Dios se vuelve un material rico e inagotable para mantener la comunión con Dios, de quien la Palabra es y hacia quien ella apunta. A medida que nos sumergimos en esas verdades, descubriremos un nuevo significado en cada versículo. Y, si de vez en cuando leemos una unidad entera con sus ocho versículos, veremos que nos lleva a la Presencia de Dios y a una vida de obediencia y alegría que dice: *"Prometí bajo juramento y lo cumpliré: voy a obedecer tus justas ordenanzas"*. "*¡Oh, cuánto amo yo tu ley! ¡Todo el día es ella mi meditación!"*.

Por la gracia del Espíritu Santo, procuremos tener en nuestra hora tranquila matinal la vida devocional revelada por este salmo. Dejemos que la Palabra de Dios nos lleve al Señor todos los días, y antes de hacer cualquier cosa. Hagamos de cada bendición un motivo de oración, presentando especialmente nuestra necesidad de enseñanza divina. Confiemos que el Padre nos ayudará, por nuestra intensa unión con la Palabra. Afirmemos que el camino de sus mandamientos será recorrido en tanto que Dios nos da vida y nos bendice. Que aquello que la Palabra de Dios nos presenta nos vuelva más diligentes, más deseosos por llevar la Palabra a otros, ya sea despertando, ya sea fortaleciendo la vida de Dios en el alma.

30
LA SANTA TRINIDAD

*"14 por lo cual doblo mis rodillas ante **el Padre** (...) 16 para que os dé, conforme a la riqueza de su gloria, ser fortalecidos con poder en el hombre interior por **su Espíritu**, 17 para que habite **CRISTO** por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, 18 seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura y la largura y la altura y la profundidad, 19 y así conocer el amor de CRISTO, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de DIOS. 20 Y al que es poderoso para hacer todas las cosas infinitamente más allá de lo que pedimos o entendemos, según el poder que nos está energizando a nosotros, 21 a Él sea la gloria en la iglesia y en CRISTO JESÚS, por todas las generaciones del siglo de los siglos. Amén.* (Ef 3:14-21)

Muchas veces, y no sin fundamento, esas palabras han sido consideradas como la expresión más elevada de lo que puede ser la vida del cristiano en este mundo. Sin embargo, tal afirmación tiene sus peligros, si transmite la idea de que tal experiencia es algo excepcional o distante. Puede encubrir la bendecida verdad de que, aunque en grados diferentes, se destina a ser la herencia indiscutible e inmediata de todos los hijos de Dios. Todas las mañanas el cristiano tiene el derecho y la necesidad de decir: "mi Padre me fortalecerá hoy con poder, me está fortaleciendo en este momento en mi interior por medio de su Espíritu". Diariamente necesitamos quedar satisfechos con nada menos que tener a Cristo habitando en nosotros por la fe, una vida arraigada en amor, para conocer el amor de Cristo. Y, diariamente, necesitamos estar firmes en la fe del poder de Dios, dándole gloria en Cristo por ser capaz de hacer infinitamente más de lo que pedimos o pensamos, conforme al poder del Espíritu que opera en nosotros.

Entre otras cosas, esas palabras son extraordinarias por la manera de presentar la verdad de la santísima Trinidad en relación a nuestra vida práctica. Muchos cristianos entienden que es cierto y necesario – en diferentes ocasiones, al buscar una vida cristiana – poner atención especial a las tres Personas de la Trinidad. Muchas veces ven difícil reunir las diversas verdades en una solo y adorar las Tres en Una.

Nuestro texto revela la maravillosa relación y la perfecta unidad. Tenemos el Espíritu dentro de nosotros como el poder de Dios, pero Él no opera según nuestra voluntad o según su propia voluntad. Es el Padre quien, según la riqueza de su gloria, nos concede fuerza mediante su Espíritu en el hombre interior. Es el Padre quien hace infinitamente más de los que podemos pedir o concebir "*según el poder que nos está energizando a nosotros*". El Espíritu está dentro de nosotros y nos vuelve absoluta y continuadamente dependientes del Padre. El Espíritu sólo puede operar aquello que el padre opera por medio de Él. Necesitamos asociar las dos verdades: el profundo y respetuoso conocimiento de que el Espíritu Santo habita en nosotros, y la constante dependencia del Padre para obrar en nosotros por medio del Espíritu.

Lo mismo ocurre con Cristo. Doblamos nuestra rodillas en la presencia de Dios, como Padre, en nombre del Hijo. Le pedimos que nos fortalezca por medio del Espíritu, con el propósito de que Cristo pueda morar en nuestros corazones. Así, el Hijo nos conduce al Padre y el Padre revela al Hijo en nosotros. Entonces, cuando el Hijo habita en nosotros y nuestro corazón está arraigado y cimentado en amor - siendo el amor divino el único en el que el corazón se afirma, pudiendo así producir fruto y obras de amor - nos volvemos llenos de toda la plenitud de Dios. Y el corazón indiviso, con vida interior y exterior, es el escenario del intercambio de las obras de la santa Trinidad.

¡Qué salvación maravillosa es esa cuyo escenario es nuestro corazón! Primero vemos al Padre soplando su Espíritu en nosotros, y por la renovación diaria, preparándonos para que seamos el hogar de Cristo. Enseguida vemos al Espíritu Santo siempre revelando y formando a Cristo en nosotros, de modo que su verdadera naturaleza, estado de espíritu y carácter, se vuelvan nuestros. Y finalmente vemos al Hijo compartiendo con nosotros su vida de amor y orientándonos para que seamos llenos de la plenitud de Dios.

Esa debe ser nuestra religión día tras día. ¡Oh, adoremos a Dios, Uno en Tres, en la plenitud de la fe, todos los días! Sea cual sea nuestro estudio bíblico o nuestra oración, hagamos que esa adoración sea el centro del cual partimos y al cual volvemos. Fuimos creado a imagen de la Trinidad. La salvación por la cual Dios nos restaura es una salvación interior, pero nada significará para nosotros si no la colocamos con firmeza en nuestro corazón y disfrutamos sus beneficios. Dios sólo nos puede salvar como el Dios que habita en nosotros,

llenándonos de toda su plenitud. Debemos adorarlo y esperarle, creer en Él y darle gloria.

¿Has notado ya cómo en Efesios las tres Personas de la Trinidad son frecuentemente mencionadas en conjunto?:
- El Padre, Jesucristo, bendición 'espiritual', es decir, del Espíritu (1:3);
- El Padre, para alabanza de su gloria, en Cristo, sellados con el Espíritu Santo (1:12-13);
- El Padre, nuestro Señor Jesucristo, el Espíritu de sabiduría (1:17);
- Acceso a través de Cristo, en un Espíritu, al Padre (2:18);
- En Cristo, habitación de Dios, en el Espíritu (2:22);
- El misterio de Cristo, oculto en Dios, predicado por la gracia de Dios, revelado en el Espíritu (3:4-9);
- Un Espíritu, un Señor, un Dios y Padre (4:4-6);
- Sed llenos del Espíritu, dando gracias a Dios, en nombre de Cristo (5:18-20);
- Fortalecidos en el Señor, toda la armadura de Dios, la espada del Espíritu, orando en el Espíritu (6:10-18).

Cuando estudies y compares estos pasajes mira cuán práctica es esa verdad de la santa Trinidad. Las Escrituras enseñan muy poco sobre su misterio en la naturaleza divina; casi todo lo que tienen que decir se refiere a la obra de Dios en nosotros, en nuestra fe y en experiencia de su salvación.

La fe en la Trinidad nos volverá cristianos fuertes, radiantes y poseídos por Dios. El divino Espíritu volviéndose uno con nuestra vida y nuestro hombre interior, el Hijo morando en nosotros, como un modo de perfeccionar nuestra comunión con Dios; el Padre, por medio del Espíritu y del Hijo, ejecutando día tras día su propósito: que seamos llenos de la plenitud de Dios.

Pongámonos de rodillas delante del Padre. Entonces conoceremos y experimentaremos el misterio de la Trinidad.

31
EN CRISTO

Permaneced en Mí y Yo permaneceré en vosotros (Jn 15:4)

Todo orden viene del exterior hacia el interior. Cuando se obtiene algún conocimiento referente a algo real, en palabras u oraciones, en la naturaleza o en cosas del pasado, la mente se preparar para buscar el significado interior escondido allí. Ocurre lo mismo con las enseñanzas bíblicas en lo referente a Jesucristo. Él nos es presentado como un hombre entre nosotros, anterior a nosotros y por encima de nosotros, haciendo una obra para nosotros aquí en la tierra y continuándola en el cielo. Muchos cristianos jamás fueron más allá de un Señor exaltado externamente, en el cual creen por aquello que Él hizo y por aquello que está haciendo por ellos y en ellos. Conocen y disfrutan sólo una fracción del poder del verdadero misterio de Cristo en nosotros, de su presencia interior como un Salvador que habita en nosotros.

La sencilla aproximación externa a Cristo es la de los primeros tres Evangelios. Una aproximación más profunda de la presencia interior es el aspecto de la verdad que se hace presente en la doctrina de la justificación.

La aproximación interior es la enseñanza referente a la unión del cristiano con Cristo y su habitación continua en nosotros, conforme nos enseñan Juan y las cartas de Pablo a los Efesios y a los Colosenses.

A los cristianos para quien este libro está escrito, los cuales se deben estar preparando para llevar a Cristo a otras personas, no está demás decir: debes saber que el permanecer en Cristo y Cristo permanecer en ti no es solamente una verdad que mantienes dentro de la verdad del Evangelio, sino que, en cuestión de vida y experiencia, es algo que vivifica tu fe en Cristo y tu relación con Dios. Estar en una sala significa tener todo lo que allí está a tu disposición: mobiliario, luz, aire..; tú disfrutas su confort y su abrigo. Estar en Cristo, permanecer en Cristo, ¡oh! ¡la alegría de saber lo que eso significa! Es una realidad espiritual, no un concepto o fe intelectual.

Piensa en quien y qué es Cristo. Considéralo en los cinco estadios que caracterizan y revelan su naturaleza y obra:

1. Él es el Cristo encarnado, en quien vemos cómo la omnipotencia de Dios unión con perfección las naturalezas divina y humana. Viviendo en Él, participamos de la naturaleza divina y de la vida eterna.

2. Él es el Cristo obediente, viviendo una vida de entera sumisión a Dios y de perfecta dependencia de Él. Viviendo en Cristo, nuestra vida se vuelve enteramente sujeta a la voluntad de Dios, esperando ininterrumpidamente su dirección.

3. Él es el Cristo crucificado, que murió al pecado y por causa del pecado, a fin de vencer al pecado. Viviendo en Él, estamos libres de la maldición y del dominio del pecado, y vivimos, como Él, muertos para el mundo y para nuestra propia voluntad.

4. Él es el Cristo resucitado, que vive para siempre. Viviendo en Él, compartimos su poder de resurrección y andamos en novedad de vida, una vida que triunfó sobre el pecado y la muerte.

5. Él es el Cristo exaltado, que está sentado en el Trono y ejecuta su obra para la salvación de la humanidad. Viviendo en Él, somos poseídos por su amor y nos entregamos a Él, a fin de que nos use para conquistar el mundo de vuelta para Dios.

Estar en Cristo, permanecer en Él, significa que fuimos colocados por el mismo Dios en medio del ambiente maravilloso de la vida de Cristo, al mismo tiempo humano y divino, en una total entrega a Dios, en obediencia y sacrificio, llenos de Dios en vida restauradora y en gloria. La naturaleza y el carácter de Jesucristo - su autoridad y amor, su poder y gloria -, son los elementos en los cuales vivimos, el aire que respiramos y la vida en la cual nuestra vida existe y se desenvuelve.

La plena manifestación de Dios y su amor salvador no pueden llegar hasta nosotros de otra manera que no sea mediante el permanecer en Cristo. En virtud de la divinidad y del divino poder de Cristo, Él puede, en tanto que permanecemos en Él, permanecer en nosotros. Cuando con amor le entregamos el corazón mediante la fe, y nuestra voluntad mediante la obediencia, él entra en nosotros y habita en nosotros. Podemos entonces decir con toda certeza: “Cristo vive en mí”.

Y ahora llegamos a nuestro objetivo principal. Para que esa vida - Cristo en nosotros y nosotros en Cristo – sea de hecho nuestro vivir diario, necesita ser renovada y fortalecida en comunión personal con Dios por medio de la hora tranquila matinal. Nuestro acceso a Dios, nuestro sacrificio para Él, nuestra esperanza en Él… todo necesita ser 'en Cristo', en la comunión viva con Él.

Si quieres estar más cerca de Dios, tener más de su presencia, poder, amor, voluntad o trabajo (en resumen: más de Dios) ven a Él en Cristo. Piensa en cómo Jesús, como hombre aquí en este mundo, se acercó al Padre con profunda humildad y dependencia, en una entrega total y en una obediencia absoluta. Ven en el mismo sentimiento de Cristo, en unión con Él. Procura colocarte ante Dios de la misma manera que Cristo está en los cielos, con la redención consumada, en perfecta victoria y con la entrada plena en la gloria de Dios. Toma ante Dios el mismo lugar que Cristo tomó en su camino a la victoria y a la gloria. Hazlo en la fe en su poder que habita en ti y que te habilita aquí en el mundo. Confía que serás acepto, no por causa de tu propio valor, sino por causa de la entrega absoluta de tu corazón y de tu completa aceptación en Cristo. Sólo entonces Cristo, viviendo en ti y hablando en ti, será verdad y poder.

32
SOLO

Pero JESÚS, percibiendo que están a punto de venir y llevárselo a la fuerza para hacerlo rey, volvió a retirarse al monte Él solo
(Jn 6:15)

Los Evangelios nos cuentan con frecuencia que Cristo se quedaba a solas para orar. Lucas menciona 11 veces que Jesús oró. Marcos nos cuenta en el primer capítulo que, después de una tarde en que toda la ciudad se reunión junto a la puerta y Él había curado a muchos, *"levantándose muy de mañana, estando aún oscuro, salió y fue a un lugar solitario, y allí oraba"* (v. 35).

Antes de escoger a los 12 apóstoles, Jesús *"salió al monte a orar, y pasó la noche en la oración de DIOS"* (Lc 6:12). Ese aislamiento impresionó a los discípulos de tal modo que Juan usó la sugestiva expresión: *"se retiró nuevamente solo al monte"*. Eso es semejante a lo que Mateo escribió: *"Y tras despedir a las multitudes, subió a la montaña en privado a orar, y al anochecer estaba allí solo"* (14:23). El hombre Jesucristo sintió necesidad de soledad. Procuremos con humildad descubrir lo que eso significa.

1. Solo. Enteramente a solas, consigo mismo. Sabemos que la asociación con otras personas nos saca de nosotros mismos y agota nuestras energías. El hombre Jesucristo también sabía eso. Él sintió necesidad de quedarse a solas y reunir todas sus fuerzas, de modo que pudiera renovar la conciencia de lo que Él era y lo que necesitaba. Sabía que necesitaba realizar su alto destino, conocía su debilidad humana y su entera dependencia del Padre.

El cristiano tiene mucha más necesidad de quedarse a solas. Sea en los compromisos seculares o en el servicio religioso, sea para la manutención de nuestra misma vida cristiana o para la renovación de nuestro poder de llevar a otro a Dios, hay siempre un llamado urgente a que el cristiano siga las huellas del Maestro. El cristiano necesita encontrar el lugar y la hora en que pueda estar a solas.

2. Solo con realidades espirituales. Para estar libres para entregarnos a los poderes del mundo invisible necesitamos un completo alejamiento de las cosas temporales, aquellas que vemos. Muchas y muchas veces Jesús necesitó de tiempo y soledad para percibir el poder del reino de las tinieblas,

el cual Él había venido a combatir y vencer. Sintió la gran necesidad del ser humano a quien Él vino a salvar. Quería la presencia y el poder del Padre, cuya voluntad Él vino a hacer. Es indispensable al cristiano pensar algunas veces con intensidad en las realidades espirituales. Aunque otras realidades le sean familiares, pues las conoce bien, ellas casi siempre ejercen muy poca influencia en su corazón y su vida. Las verdades eternas tienen poder infinito; si no lo demuestran es porque no les damos tiempo para que se revelen. Solo: la única solución.

3. Solo con Dios el Padre. Se dice que trabajo es adoración, y servicio solidaridad. Si hubo alguien que repartió bien su tiempo entre la soledad y la solidaridad fue nuestro bendito Señor. Pero Él no podía hacer su trabajo, ni mantener su solidaridad en pleno poder, sin su hora tranquila. Como hombre, sintió la necesidad de traer todo su trabajo, pasado y futuro, y colocarlo delante del Padre. Renovó su sentido de absoluta dependencia del poder del Padre, y de absoluta confianza en el amor del Padre, en ocasiones de especial solidaridad. Cuando Él dijo: *"el Hijo no puede hacer nada de Sí mismo"* (Jn 5:19) y *"hago lo mi Padre me ordenó"* (14:31), Él sólo estaba expresando la simple verdad de su relación con Dios. Y de ese modo, sus recogimientos eran una necesidad y una alegría indescriptibles.

¡Quisiera Dios que todos sus siervos entendiesen y practicasen tal cosa! ¡Si la iglesia supiese entrenar a sus miembros en un poco de ese alto y santo privilegio, para que cada cristiano viniese a tener su hora tranquila con Dios! ¡La alegría de tener a Dios a solas conmigo, la alegría de saber que Dios me tiene a solas con Él!

4. Solo con la Palabra. Como ser humano, nuestro Señor tuvo que aprender la Palabra de Dios cuando era niño. Durante los largos años de su vida en Nazaret, Él se alimentó de la Palabra y la hizo suya propia. En sus horas de soledad, Él verificó con el Padre todo o que la Palabra decía de sí mismo, y toda la voluntad de Dios allí revelada para hacerla.

Una de las lecciones más profundas que el cristiano necesita aprender es que la Palabra de Dios sin el Dios vivo poco significa. La Palabra es bendecida cuando nos trae al Dios vivo. La Palabra que recibimos de los labios de Dios trae el poder para conocerla y ejecutarla. Aprendamos la lección. La comunión personal con Dios, a solas, en secreto, hará que la Palabra se vuelva vida y poder.

5. Solo con él, en oración. La oración es un privilegio increíble por permitir que la persona exponga su vida entera a Dios y pida sus enseñanzas y su poder. Intenta imaginar lo que la oración representaba para Jesús: cómo adoraba, cuán humilde era su amor, cuán semejantes eran sus súplicas a las de un niño. No somos capaces de imaginar las bendiciones reservadas para la persona que sigue las pisadas de Cristo. Es posible, sin embargo, saber todo lo que Dios hace a aquel que tiene la mayor alegría en estar con Él a solas.

Solo. Cuán profundamente nos exponen esas palabras el secreto de la vida de Cristo en la tierra, y de su vida ahora en nosotros. Estar a solas con Él es una de las mayores bendiciones de la vida, pues Él vive en nosotros por el Espíritu Santo y nos revela y comparte con nosotros el significado de la Palabra. Solos con Él.

33
GANANDO ALMAS

... el que gana almas, es sabio (Prv 11:30)

En un artículo de la revista *El movimiento estudiantil*, de febrero de 1901, sobre "Un despertamiento espiritual", de H. W. Oldham, encontré las siguientes declaraciones:

> "En la constitución de la mayoría de las Uniones de los Estudiantes Cristianos se afirma que el objetivo principal de esas uniones es llevas a los estudiantes a volverse discípulos de Cristo. Pero si la pregunta fuera específica: '¿Son los estudiantes realmente convertidos de la indiferencia y de la incredulidad a la fe en Jesucristo?', la respuesta tiene que ser que, a pesar de que eso ocurre en algunos casos, en la mayoría de las uniones es bastante dudoso que ocurra. Algunas uniones, desanimadas por fracasos anteriores, se vuelven escépticas en cuanto a la posibilidad de ganar hombres para Cristo en circunstancias tan difíciles como las de ellas. Pueden continuar usando algunos métodos tradicionales de trabajo agresivo, pero dejaron de esperar algo más que fortalecer a los que ya creyeron. El ejecutivo del Departamento General de Facultades determinó que el despertar espiritual de estudiantes estará en la vanguardia de su plan de acción. Si las uniones locales se adhieren al plan del ejecutivo, es muy probable que veamos a Dios operando en la vida de aquellos que nos rodean. El amor que nos conquistó puede conquistar a muchos. Es justo que reconozcamos la seriedad de tal propósito. Implica íntima comunión con Jesucristo en un vivir santo, en abnegación, en testimonio dedicado; requiere sumisión a la corrección y al control del Espíritu de Dios (…). En nuestro trabajo necesitamos transferir el propósito de ganar estudiantes para Cristo desde la posición oscura en que se encuentra hasta el primer lugar. En esas uniones tienen un número muy grande de personas que trabajan mecánicamente. Nuestra uniones necesitan de hombres y mujeres con propósitos definidos, personas que piensen y oren, que oren y trabajen, hasta que su unión se vuelva un instrumento adecuado en las manos de Dios para transformar la vida de los estudiantes".

En un artículo de fondo del mismo número, leemos lo siguiente con referencia al día de oración:

"Hay muchas confesiones y muchas peticiones que debemos hacer en el día de oración; en cuanto a nosotros, pensamos que la oración más urgente es por un despertar espiritual. Algunos hemos percibido que la mayoría de nuestras uniones no están ganando hombres para Cristo, y algunas de ellas están consternadas por el hecho de que eso no las ha preocupado mucho: 'Es incluso una pena que los estudiantes no hayan sido ganados para Cristo, peor… ¿qué podemos hacer?'. En realidad, estamos muy necesitados de un despertar espiritual en nuestro propio corazón. Cuando nosotros mismo seamos alcanzados por el despertar, sabremos qué hacer. ¿Dónde está el anhelo apasionado por ayudar a hombres? ¿Dónde está la insistente oración por nuestro hermano, la cual no será rechazada?

En el meollo de la cuestión se encuentra la falta de interés. Solamente aquello que nos interesa podrá influenciar a los hombres. Solamente cuando, allá en el fondo, arda en nuestro interior el deseo apasionado de llevar hombres para Cristo, encontraremos a los que necesitan nuestro auxilio, los cuales lo acogerán con placer. Solamente las palabras y las acciones que rebosan del ardiente deseo de ayudar a los hombres, pueden encontrar oportunidades de influenciar vidas. Pues solamente cuando hay un deseo como ese el Espíritu Santo se vuelve un cooperador de los hombres. Y si Él somos impotentes tanto para encontrar a aquellos que estarían listos a entregar su vida a Cristo, como para, habiéndolos encontrado, darles auxilio. ¿No pediremos unidos que una pasión por las almas nazca en nuestro corazón en el día de oración?".

A ese comentario me gustaría añadir un extracto de un artículo del *Necesidades de la India*. El escritor (W. E. S. Holland) había hablado que el propósito principal de la creación de facultades misioneras en la India era 'la influencia personal que los profesores ejercerían sobre los alumnos'. Entonces, él añade:

"Sin embargo, sé de fuente autorizada que en cuatro de nuestras mayores facultades misioneras de la India el tiempo de los profesores está tan ocupado con conferencias que ellos no tiene ni tiempo ni ánimo para una consagración personal con los alumnos. Cinco o seis horas de aula por día, con muchas más horas de preparación, en un clima como el de la India, deja a un hombre exhausto, sin tiempo o energía para un trabajo más profundo que cualquier otro: un interés individual por una persona, con miras a su alma"

Él concluye con estas palabras.

> "Se necesitan 40.000 hombres, no menos, si queremos alcanzar toda la India. Sin embargo, no se tiene mucho coraje para pedir más obreros. ¿Por qué? Por recelo de que vengan a ser obstáculo para la obra de Dios. Porque el trabajo misionero es sobre todo ganar almas. Y nada hará que un hombre ser vuelva ganador de almas en la India si él no lo es ya en su propia tierra.
>
> Un sentido de deber, o un sentido de gran necesidad, puede llevar a alguien a la India. Pero nada puede volverlo capaz de vivir una vida misionera en la India, año tras año, si no es un amor ardiente por Cristo que lo constriña a un sacrificio y a una vida de ganar almas ya probada en su propio país".

¡Qué pensamientos maravillosos son sugeridos por estas citas con referencia al trabajo de ganar almas! Ese es realmente el primer requisito en la obra misionera. Estar en un campo misionero no hacer necesariamente que una persona sea ganadora de almas. Es en nuestra propia tierra, antes de ir a otro país, que necesitamos adquirir y ejercitar el espíritu de abnegación y de ganar almas. Existe siempre la amenaza del peligro de caer en métodos tradicionales y automáticos. Existe la necesidad de una oración continua, fervorosa, coherente y a solas por más amor a las almas; y existe la necesidad de esfuerzos continuos, sinceros, coherentes y personales para que nuestro prójimo sea ganado para Cristo.

La gran característica del amor divino, sea en Dios o en Cristo o en nosotros, es procurar salvar a los perdidos. Cultivemos esta vida cristiana: un amor que tiene por finalidad salvar a otros. La única manera de cultivarla es por medio de la íntima devoción personal a Jesús, la comunión diaria con Él como Amigo querido. Es en el recinto secreto que se mantiene esa comunión con el Padre y con el Hijo. Y es allí que el Padre, que ve en secreto, nos compensará visíblemente.

34
EL PODER DE LA INTERCESIÓN

"Dígame: ¿de dónde viene su poder?". Eso es lo que podríamos haber preguntado a aquellos que, en los tiempos antiguos y modernos, han tenido poder ante Dios como intercesores por otros. Muchos que han deseado dedicarse al ministerio de la intercesión, encuentran difícil regocijarse en él, perseverar y tener éxito. Estudiemos la vida de los líderes y los héroes del mundo de la oración, tal vez descubramos algunos de los factores que los llevaron al éxito.

El verdadero intercesor es aquel que tiene certeza de que Dios sabe que su corazón y su vida están enteramente entregados a Él y a su gloria. Solamente en esa condición un oficial de la corte de un soberano terrenal puede esperar ejercer cierta influencia. Moisés, Elías, Daniel y Pablo probaron que lo mismo ocurre en el mundo espiritual. Nuestro bendito Señor mismo es prueba de ello. No fue la intercesión lo que nos salvó, sino su abnegación. Su poder de intercesión está arraigado en su sacrificio; la intercesión reivindica y recibe lo que el sacrificio alcanzó. Eso está claramente afirmado en las últimas palabras del capítulo 53 de Isaías: *"Por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con inicuos, habiendo cargado el pecado de multitudes…".* Estudie ese pasaje en conexión con el capítulo entero, del cual tenemos aquí la corona: *"...y orado por los transgresores".* Primero Él se entregó a la voluntad de Dios. Fue entonces que conquistó el poder de influenciar y dirigir esa voluntad. Se dio a sí mismo por los pecadores en un amor consumidor, y de esa manera conquistó el poder de interceder por ellos. No hay otro camino para nosotros.

La persona que busca entrar personalmente en la muerte con Cristo y darse enteramente a Dios y a los hombres, es la que osará ser como Moisés o Silas, la que será perseverante como Daniel o Pablo. Entera devoción a Dios y obediencia son los primeros requisitos del intercesor.

Te quejas de no sentirte capaz de orar de esa manera. Preguntas cómo puedes conseguir tal cosa. Hablas mucho de la fragilidad de tu fe en Dios, de tu falta de amor para con los otros y de tu fracaso en tener placer en la oración. La persona que quiera tener el poder de la intercesión debe para con esos gimoteos. Necesita saber que tiene una naturaleza perfectamente adaptada al trabajo. Se espera que un manzano produzca manzanas, pues tiene la

naturaleza del manzano dentro de sí. Tú eres obra de Dios, creado en Cristo Jesús para buenas obras. El ojo fue hecho para ver, y está maravillosamente equipado para su trabajo. Tú fuiste creado en Cristo para orar, es tu verdadera naturaleza como hijo de Dios. El Espíritu fue enviado dentro de tu corazón, ¿para hacer qué? Para suplicar "Abba, Padre", para derramar tu corazón en una oración igual a la de un niño. El Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos indecibles, con un poder divino que nuestra mente y nuestros sentimientos no pueden entender. Si quieres ser un intercesor, aprende a dar al Espíritu Santo honras mucho mayores de los que le das generalmente. Cree que Él está orando en tu interior, entonces serás fuerte y lleno de coraje. Cuando ores, permanece quieto delante de Dios para creer en ese maravilloso poder de oración que está dentro de ti y ríndete a él.

"Pero hay tanta imperfección y tanto pecado conscientes en nuestra oración…". Es verdad, pero ¿aún no has aprendido lo que es orar en Nombre de Jesús? ¿No sabes que estás en Cristo y Él en ti? ¿No sabes que toda tu vida está oculta en Él y dedicada a Él? ¿Y que toda Su vida está oculta en ti y operando en ti? La persona que quiera tener el poder de la intercesión necesita estar segura (no sólo en pensamiento y en teoría, sino en la más genuina y viva realidad divina) de que Cristo y ella son uno en la obra de intercesión. La persona se presenta delante de Dios vestida con el Nombre, la naturaleza, la justicia, el valor, la imagen, el sentimiento y la vida de Cristo. No pierdas mucho tiempo repitiendo tu petición; usa tu tiempo en actitud humilde, tranquila y confiada, reivindicando tu lugar en Cristo, tu perfecta unión con Él, tu acceso a Dios por medio de Él. Si la persona va a Dios en Cristo, llevando al Padre el Cristo en quien se regocija como su vida, su ley y su única confianza, tendrá poder para interceder.

La intercesión es, sobre todo, una obra de fe. No aquella fe que sólo intenta creer que su oración será oída, sino la fe que se siente a gusto en medio de las realidades celestiales. Una fe que no se preocupa con la propia nulidad y debilidad, porque bien en Cristo. Una fe que no deja que la esperanza dependa de los sentimientos, sino de la fidelidad del Dios trino y uno, y de aquello de lo que cada Persona de la Trinidad es responsable en la oración. Una fe que vence al mundo y sacrifica lo que es visible, para ser enteramente libre para que aquello que es espiritual, celeste y eterno tome posesión del mundo. Una fe que sabe que es oída y que recibe lo que pide, y que por tanto, persevera tranquila y deliberadamente en la súplica hasta que llegue la respuesta. El verdadero intercesor necesita ser una persona de fe.

El verdadero intercesor necesita ser un mensajero, alguien que está siempre listo, que se ofrece para recibir la respuesta y llevarla adelante. La oración y la obra van siempre juntas. Piensa en Moisés, en su audacia en pleitear con Dios por el pueblo. Vemos lo mismo en Elías, la insistencia de su oración en secreto es igualada a su celo en público, cuando él dio testimonio contra el pecado de la nación. Que la intercesión sea siempre acompañada, no tanto de trabajo diligente, sino de una espera mansa y humilde en Dios, a fin de recibir su gracia y carácter, y conocer de modo más definido el qué y el cómo Él quiere que hagamos.

Es una gran cosa dedicarse a la obra de intercesión, la obtención de las bendiciones divinas para todas las necesidades de la tierra. Y es una cosa aún mejor que el intercesor reciba aquellas bendiciones personalmente y salga de la presencia de Dios sabiendo que consiguió alguna cosa para compartir con los otros.

Que Dios haga de nosotros intercesores íntegros, confiados y portadores de bendiciones.

35
EL INTERCESOR

...La súplica energizada de un justo puede mucho.
Elías era un hombre semejante a nosotros
(Stg 5:16-17)

Nada debilita tanto la apelación a imitar el ejemplo de los santos de las Escrituras como el pensamiento de que ellos eran excepcionales, y que no debemos esperar aquello que vemos en ellos. El propósito de Dios en las Escrituras es justamente lo opuesto: Él nos da el ejemplo de esas personas para instruirnos y animarnos, para mostrar lo que su gracia puede hacer. Esas personas son la personificación viva de lo que tanto la voluntad divina como nuestra naturaleza requieren y vuelven posible.

Fue justamente para combatir ese erro tan común y para darnos mayor confianza a los que aspiramos a una vida de oración eficaz, que Santiago escribió: "Elías era humano como nosotros". Como no hay diferencia entre su naturaleza y la nuestra, ni entre la gracia que operó en él y la que opera en nosotros, no hay razón para que no podamos orar eficazmente como él. Si queremos que nuestra oración tenga poder, busquemos el mismo espíritu de Elías. La aspiración 'busco la gracia de orar como Elías' es legítima y necesaria. Si buscamos con honestidad el secreto del poder de Elías en la oración, veremos el camino que él recorrió. Encontraremos ese secreto en su vida con Dios, en su trabajo con Dios, en su confianza en Dios. Elías vivía con Dios.

La oración es la voz de nuestra vida. Tal como vive una persona, así ora. No las palabras o los pensamientos con los cuales se ocupa en las ocasiones establecidas para oración, sino la tendencia del corazón, que se transparenta en sus deseos y acciones, es considerada por Dios como su oración verdadera. La vida habla más alto y con más sinceridad que los labios. Para orar bien es preciso vivir bien. La persona que quiera vivir con Dios aprenderá a conocer la mente de Dios y a agradarlo. De ese modo, será capaz de orar conforme a la voluntad de Dios. Piensa en Elías, que en su primer mensaje a Acab, habló del Señor, el Dios de Israel, a quien Él servía. Piensa en su soledad, junto al riachuelo de Querit, recibiendo el pan de Dios por medio de los cuervos; y después en Sarepta, por medio del ministerio de una pobre viuda (1Re 17). Él anduvo con Dios, aprendió a conocer a Dios, y

cuando llegó el tiempo justo supo cómo orar a Dios, a quien conocía verdaderamente. La oración de la fe es el resultado de una vida de verdadera comunión con Dios. Que el vínculo entre la vida y la oración sea bien definido e íntimo. Cuando nos entregamos para andar con Dios, aprenderemos a orar.

Elías trabajaba para Dios.

Él fue adonde Dios lo mandó. Él hizo lo que Dios ordenó. Tomó el partido de Dios y de su servicio. Testimonió contra el pueblo y contra su pecado. Todos los que lo oían podían decir: 'ahora sé que tú eres un hombre de Dios y que la palabra del Señor, venida de tu boca, es la verdad'. Sus oraciones fueron todas referentes a su trabajo para Dios. Él era un hombre de acción tanto como de oración. Cuando oró primero por la sequía y después por la lluvia, lo hizo como parte de su trabajo profético, para que el pueblo, por juicio y misericordia, pudiera ser llevado de vuelta a Dios. Cuando oró que el fuego descendiera de los cielos y quemase el sacrificio, fue para que Dios pudiese ser conocido como el Dios verdadero. Todo lo que pidió fue para la gloria de Dios.

Cuán frecuentemente los cristiano buscan poder en la oración a fin de conseguir dones para sí mismos. El egoísmo secreto les roba el poder y la respuesta. El poder de orar sólo cuando nuestro yo está sumergido en el deseo de la gloria de Dios y nuestra vida dedicada al trabajo para Dios. Dios vive para amar, para salvar y para bendecir. El cristiano que se entrega al servicio de Dios de ese modo, encontrará nueva vida de oración. Nuestro trabajo para los otros prueba la honestidad de nuestra oración por ellos. Del mismo modo, el trabajo para Dios revela nuestra necesidad y nuestro derecho de orar audazmente.

Elías confió en Dios

Él aprendió a confiar en Dios para sus necesidades personales en la época del hambre. Osó confiar en el Señor para cosas mayores cuando cuando oró por su pueblo. Cuando pidió a Dios que mandase fuego, demostró la confianza que tenía. Vemos también esa confianza cuando anunció a Acab la abundancia de lluvia que vendría. Entonces, con el rostro en tierra, suplicó por la lluvia cuando su siervo, por seis veces, trajo el mensaje: 'no hay nada'. Elías había adquirido la amistad de Dios por medio de la comunión con Él, y esa amistad se había confirmado por medio del trabajo para Dios. Una

confianza firme en la promesa y en el carácter de Dios dio poder para la oración eficiente del hombre justo.

El recinto cerrado es el lugar donde necesitamos aprender ese tipo de oración. La hora tranquila matinal es la escuela en la cual ejercitamos la gracia que nos prepara para orar como Silas. No tengamos recelo. El Dios de Elías aún vive; el mismo sentimiento que estaba en él habita en nosotros. Dejemos de lado la manera limitada y egoísta de orar, la cual sólo tiene en vista la gracia suficiente para mantenernos en pie. Cultivemos la conciencia de Elías - una vida enteramente consagrada a Dios - y aprendamos a orar como Él. La oración nos traerá a nosotros y a otros la experiencia nueva y bendecida de que nuestras oraciones también son eficaces y de gran valor.

En el poder de Aquel es es nuestro Intercesor y Redentor, que siempre oró, tengamos coraje y no recelo. Ya nos entregamos a Dios y trabajamos para Él. Estamos aprendiendo a conocerlo y a confiar en Él. Podemos contar con la vida de Dios en nosotros, el Espíritu Santo que habita en nosotros, para llevarnos a esa gracia, pues la súplica del justo mucho puede en su eficacia.